

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

COLECCIÓN AL CUIDADO DE
ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

Dibujo de la cubierta:
Domingo Doreste «Fray Lesco», por Reyes

I.S.B.N.: 84-88366-32-9
Dep. Legal.: TF 191-2000

DOMINGO DORESTE

Cartas a un católico



Edición, introducción y notas de
MARÍA DEL CARMEN GARCÍA MARTÍN

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
2000

INTRODUCCIÓN

I

FRAY LESCO, pseudónimo con que se dio a conocer desde los últimos años del siglo XIX Domingo Doreste Rodríguez (Las Palmas de Gran Canaria, 1868-1940), abarcó con su existencia uno de los períodos más significativos de la historia española. En Salamanca, a donde acudió desde 1895 para estudiar la carrera de Derecho, que terminaría cuatro años después, vivió el «desastre nacional» de 1898. La conflagración europea de 1914 lo encontró establecido definitivamente en su ciudad natal, lo que no fue óbice para que reflexionara acerca de sus más intrincados mecanismos. Tras la guerra, un viaje por la Italia de los años veinte le mostró las primeras agitaciones fascistas, que enturbiaron en extremo las excelentes impresiones que años atrás, como luego veremos, le había causado un país que rebosaba arte y modernidad. Sus últimos años de vida presenciaron, como incrédulos testigos, dos guerras más que lo alejaron gradualmente de la tarima pública. Sin embargo, fueron su patria grande, España, y su patria chica, las Islas Canarias —como él las identificó en numerosas ocasiones—, con sus problemas, sus virtudes y sus defectos, las que conformaron un dilatado universo temático que ahora, con el paso de los años, nos muestra el particular punto de vista de su autor plasmado en un vasto y heterogéneo conjunto de crónicas y ensayos.

Podemos afirmar, basándonos en los datos con que contamos hasta este preciso momento, que aunque Domingo Doreste es un escritor que ha quedado tradicionalmente ubicado en la generación hoy llamada «de fin de siglo»¹, como es ya sabido de

1. A. Rumeu de Armas lo considera el «representante por excelencia de la generación del 98 en el ámbito regional»; véase «Prólogo» a J. Rodríguez Doreste, *Domingo Doreste, «Fray Lesco» (La vida y obra de un humanista canario)*, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1978, p. 14.

escasa influencia en las Islas, su talante lo aproxima, sin duda alguna, a la generación siguiente. Lo que sí resulta incuestionable es que perteneció al grupo de los intelectuales, nuevo conjunto aparecido en la tipología social del país durante el primer tercio del siglo XX y cuyo gran maestro ha sido considerado Ortega y Gasset, que tanto en el ámbito nacional como en el insular, y a través principalmente de la prensa y las revistas, se dedicaron a difundir las modernas concepciones de la educación, de la cultura, del arte, de la política, etc. En Canarias, Fray Lesco formó parte de una amplia y variada nómina de intelectuales, entre los que se encontraban Ángel Guerra (José Betancor Cabrera), Prudencio Morales y Martínez de Escobar, Santiago Tejera, Leoncio Rodríguez, Luis Maffiotte, Benítez Inglott, «Jordé» y Francisco González Díaz, que al igual que Doreste se dedicó a cuestiones de Estética.

Como hicieron otros filósofos, investigadores y pensadores de la época, fue el ensayo, órgano literario de destacada significación en las primeras décadas del siglo XX, y que en Canarias alcanzó su mayor amplitud con los periodistas finiseculares, el género que adoptó Doreste para revelar sus continuas meditaciones sobre la esencia y el significado de lo español y sus deseos de regenerar las anquilosadas estructuras nacionales de acuerdo con los patrones europeos, en tanto que comentaba los hechos más destacados de la vida insular y divulgaba las novedades que llegaban desde el mundo exterior. Fueron éstas algunas de sus habituales inquietudes, inquietudes que aparecen plasmadas sin interrupción desde sus primeros años de actividad intelectual hasta los últimos, descritas siempre según su personal método ensayístico: didáctico, reposado, conciso, sincero y, algunas veces, irónico. Es en sus ensayos donde ha quedado moldeado su pensamiento moderno, europeizante, comprometido con las artes y las letras de su tiempo y con la situación política de su país.

Salamanca fue la ciudad que acogió sus iniciales empresas

periodísticas, sus primeras incursiones en el mundo del Arte. A la vez, fue el punto de partida de su larga amistad con don Miguel de Unamuno, con el que intercambió un amplio epistolario. Los trabajos de uno y otro muestran ciertas coincidencias en la manera de pensar y de sentir el transcurso de los primeros cuarenta años de este siglo: la cultura en general, la estética, el movimiento obrero, la idiosincrasia del pueblo español, su natural astenia ante los eventos que trae consigo la vida moderna, son algunos de los aspectos que unifican sus posiciones. El insigne vasco influyó en su joven discípulo, aunque no en su calidad temperamental, y éste fue, al mismo tiempo, consejero de su maestro en diversas ocasiones. En la prensa salmantina aparecen publicados sus primeros trabajos, entre los que se han encontrado algunos cuentos, «novelas de tres al cuarto» o «novelillas locales», si atendemos a la designación que emplea su propio autor, recogidos meses después en Gran Canaria, aunque fechados en 1896: «Dios y Patria (novela-express)», donde, con un sentido casi clarividente, analiza la duda que sobre la grandeza de España corroe las entrañas de un joven estudiante; «Los tres Pedros de una pieza», «El rey chico» o «Los ensueños de Gabriel», en los que hay una ingenua mezcla de rasgos románticos y costumbristas, y una larga serie crítica sobre los estrenos del teatro Bretón, entre 1898 y 1899. A la vez que Fray Lesco participaba en los órganos de información castellanos, enviaba reiteradamente sus escritos a los de Las Palmas de Gran Canaria, como luego veremos.

Como acreditado representante de su generación, Fray Lesco fue uno de los numerosos hombres de letras que marcharon a la cercana y, a la vez, lejana Europa para completar sus conocimientos y su gusto artístico. 1901 marca el auténtico inicio de sus reflexiones sobre Estética, ya que fue durante aquel año cuando, becado por la Universidad de Salamanca para realizar su tesis, de tema judicial, residió en Bolonia. En la bella ciudad italiana se fortaleció su innato sentido estético, educado prima-

riamente en Salamanca, y refinado luego a través de su conocimiento de la *Estética* de Benedetto Croce, en cuya lectura halló su propia expresión individual. Pero no sólo se familiarizó con la historia, el arte y la literatura italianos, asistiendo incluso a las clases de Literatura Italiana impartidas por el ya viejo Carducci, sino que además se introdujo en la raíz del movimiento obrero europeo, tema recurrente en muchos de sus artículos, conferencias y discursos. Prueba de ello es que en una carta enviada desde Bolonia el 22 de junio de 1902 a su amigo don Miguel de Unamuno, le pedía consejo sobre el movimiento social obrero, pues al haber escrito algunos artículos sobre el tema, se sentía obligado a dirigirlo ².

Desde 1902, año en el que regresa de Italia, hasta 1911, en el que se instala en Las Palmas, se vio obligado a trabajar como «escribano de actuaciones» (secretario judicial) en Salamanca, Guadalajara y Plasencia, siempre con alguna corta visita a su isla, y también a Madrid, donde, además, y como recoge el citado libro de Juan Rodríguez Doreste, estudió el doctorado. En 1904 fundó, junto al abogado y periodista Rafael Ramírez y Doreste, *La Mañana*, considerado por Rodríguez Doreste «el primer periódico de verdadero porte literario y de ajustada modernidad con que contara la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria». Las preocupaciones del nuevo diario participaban de las de su director y se centraban en la tarea de forjar la nueva ciudad, de difundir el buen gusto, la cultura y la preocupación por lo que en aquel momento sucedía en el mundo. *La Mañana* llevaba como subtítulo «Diario de reformas sociales», otro de los motivos que ocuparon, como ya se ha dicho, la pluma del escritor durante toda su vida.

2. *Unión Liberal*, diario de Las Palmas de Gran Canaria, publica en junio de 1902 una serie de tres artículos firmados por Fray Lesco y titulados «El problema obrero».

1911, como ya señalamos, marca la vuelta definitiva de Fray Lesco a tierras insulares. Aquí permaneció hasta el fin de sus días, «dedicado a su oficio por cuestiones pecuniarias, y a las divagaciones estéticas, por motivos espirituales»³.

En 1918 creó la Escuela de Artes Decorativas Luján Pérez, «verdadero rincón de élite», en colaboración con los pintores Juan Carlo Medina, Nicolás Massieu Matos y el arquitecto Enrique García Mañas. Sin embargo, García Mañas tuvo que dejar la ciudad definitivamente, y Massieu se vio obligado a espaciar sus visitas a la Escuela. Así, tras un corto intervalo de tiempo, fue Fray Lesco director y animador espiritual y financiero de la empresa. También se encargó de la difícil tarea didáctica, mientras que Juan Carlo, hasta su muerte en agosto de 1929, continuó como profesor. La idea era crear un centro de perfeccionamiento del arte popular, una escuela de decoradores que fueran capaces de elaborar elementos ornamentales alternativos a los importados, y había sido esbozada por el propio Fray Lesco en un artículo de junio de 1917 titulado «Los decoradores del mañana»⁴, en el que denunció que nuestros oficios populares precisaban de una Escuela que impulsara y perfeccionara su trabajo, con el fin de que aquél no desapareciera, y señaló algunos de los más desdichados males de la sociedad isleña:

Adolecemos de infinitos defectos que se curarían despertando discretamente el sentimiento de la belleza, principalmente en la juventud (...). Inculcar el gusto equivale a ensanchar la vida y a enaltecer la existencia; a encontrar interés a todo. Entristece oír dialogar a nuestros muchachos, precisamente porque nada les interesa y por lo tanto de nada saben hablar con pasión. Y ello se debe a su feroz vacuidad estética.

3. M. del C. García Martín, «Domingo Doreste y Claudio de la Torre: un diálogo crítico», *Estudios Canarios*, XLIII (1998), p. 94.

4. D. Doreste, «Los decoradores del mañana», *La Crónica* (Las Palmas de Gran Canaria), 5 de junio de 1917.

Las palabras que reproducimos a continuación también fueron escritas por Doreste en 1917; a través de ellas descubrimos el germen del nuevo rumbo que, a partir de aquellos días en los que se gestaba su proyecto, iba a tomar el arte en las Islas, y nos presentan de manera nítida una conciencia abierta a lo tradicional y a lo contemporáneo, llegado desde los países europeos más aventajados en materia cultural y educativa:

La Escuela será una escuela de tipo «libre», es decir, un consorcio espontáneo de maestros y discípulos; un centro en que el profesor depende del alumno y el alumno del profesor, naciendo una doble y recíproca relación de interés y de respeto. Además debe ser una Asociación de Artistas, preparada y capacitada en su día para ejecutar obras de encargo (...).

No nos hemos lanzado a los azares de una fundación completamente indocumentados. Claro es que, tratándose de una escuela libre, no hemos estudiado reglamentos de escuelas oficiales; pero sí he de decir que algo hemos visto, y mucho más pensamos estudiar, en escuelas «de tipo análogo, de Francia y de Italia» no ciertamente con la immodesta pretensión de imitarles, pero sí de inspirarnos en tan altos modelos. Y en ellas encontramos muy lozano ese espíritu personal, esa autonomía profesional, que quisiéramos imprimir a nuestro ensayo ⁵.

Las casas del barrio de Vegueta que sirvieron de sede a la Escuela, en la calle García Tello primero, y en la de San Marcos después, acogieron, recordémoslo una vez más, a alumnos con la valía de los pintores Felo Monzón y Santiago Santana; los dibujantes Florencio Bethencourt y Miguel Navarro Jiménez y los tallistas Juan Jaén, Plácido Fleitas, Matías López, José Navarro López y Miguel Márquez; y sirvió de refugio en sus inicios a

5. Citado en «Cincuenta años de la Escuela Luján Pérez. Cómo la soñó su fundador, Domingo Doreste Rodríguez», *El Eco de Canarias* (Las Palmas de Gran Canaria), 10 de marzo de 1968.

escritores como Alonso Quesada, Tomás Morales, Claudio de la Torre, Saulo Torón, Pedro Perdomo Acedo, Miguel Sarmiento, etc., todos cordiales amigos del director. Sin embargo, el centro aceptaba con agrado a cualquier entusiasta del arte:

Comenzamos hoy a coger las primeras flores de nuestra siembra y a asistir al primer gozo de esta Casa. Gozo, sí, a pesar de que esta palabra tan pocas veces se emplea propiamente en la vida. Gozo al ver alternar en estas aulas niños con hombres, artesanos con jóvenes distinguidos; gozo al ver que llegan a nuestras puertas obreros en demanda de admisión con el mismo interés que se pone en la demanda de un destino; gozo al adivinar ya sorprendentes facultades en algunos alumnos ⁶.

La institución, a la que sus alumnos consideraron un «suairetiro», rebosaba libertad, frescura, calidez y pasión, pues exaltó siempre las tendencias individuales, las inquietudes espirituales de cada artista, y nunca impuso pautas ni técnicas; sólo exigió calidad en los trabajos. El carácter de Doreste se encuentra en todas y cada una de las actividades que en aquel espacio idílico se llevaron a cabo: era aquella la manera de educar y de trabajar que defendió constantemente en sus artículos, un sistema de escuela libre en la que se daba gran importancia a modernas lecturas, como el libro de Franz Roh *Realismo mágico. Postexpresionismo* ⁷, visitas al Museo Canario, excursiones a la naturaleza y conferencias. Muchas de estas «charlas íntimas» fueron impartidas en la mañana de los viernes por el propio director del centro, quien las consideraba disertaciones sobre arte, comentarios escolares sin la importancia de una conferencia. En ellas trató los más diversos temas, desde la literatura a la pintura, pasando por la arquitectura. Sus palabras, transcritas por algu-

6. *Idem.*

7. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1927.

nos diarios de la ciudad, nos muestran a un hombre de conocimientos e intereses amplísimos, que concebía la formación artística como un recipiente que acogía cualquier aportación relacionada con la Estética. En la Escuela puso toda la devoción que siempre sintió por el arte y fue ella misma el monumento extravertido de la recia vitalidad de una minoría selecta frente a la mayoritaria y cotidiana «aridez isleña», tantas veces denunciada en sus escritos. El centro, promotor de inquietudes artísticas en libertad, se convirtió en la escuela de arte más cualificada de nuestro archipiélago, de la que surgió un elevado número de artistas, y que «dio un excelente resultado, como consecuencia del principio pedagógico del “autodidactismo” controlado y de la conjunción de factores diversos (libre observancia de los rumbos vanguardistas y, en fin, adecuada absorción de los estilos modernos, desde el cubismo en adelante»⁸. Ha tenido hasta nuestros días una viva y honda resonancia.

Ya hemos señalado cómo Fray Lesco dedicaba parte de su labor didáctica en la Escuela a dar conferencias. Pues bien, no fue sólo aquel marco íntimo y destinado al Arte el que albergó sus sabias palabras; el salón dorado del Ayuntamiento, el Círculo Mercantil, el teatro Pérez Galdós, el Circo Cuyás, en Las Palmas, y la Sociedad de Trabajadores, en Arucas, fueron algunos de los espacios insulares en los que este intelectual de palabra férvida y vibrante se prodigó con sus memorables discursos, que hicieron de él el más recio y elegante orador de la ciudad, y uno de los más ilustres de las Islas en aquel período. Sabía apoderarse del auditorio como nadie, manteniéndolo en constante tensión espiritual, sin adormecerlo ni cansarlo con hojarasca retórica. Su oratoria «era la expresión viva, parlante, de verdadero riesgo inspirativo, con una influyente palabra, lanzada desde la corta

8. A. Sánchez Robayna, «Arte y cultura (Siglos XIX y XX)», en A. de Bethencourt Massieu (ed.), *Historia de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 1995, p. 558.

economía de su contextura corporal. Y tan serena esa fluencia, que ni su facial tic, nervioso, era capaz de descomponer su serena y tersa —clásica— elocución»⁹.

Uno de sus más entrañables alegatos fue el que en 1923 dedicó, como homenaje póstumo, al compositor José García de la Torre, director de bandas de música y virtuoso del piano. El Maestro Talavera, apelativo con el que era conocido el músico, fue uno de los hombres que más vida social hizo en Las Palmas de Gran Canaria, pero su producción de cara al público, como artista, fue nula. Parecía que su arte era sólo ocupación de la vida privada. Fray Lesco jamás lo oyó tocar, pero sabía que estaba capacitado para hacerlo; por ello imaginó que Talavera sentía un respeto tan profundo por el Arte que lo obligaba sólo a amar de él lo excelente, que se había producido en el Maestro una «involución crítica» que lo había llevado al temor de crear algo mediocre. Por ello opinaba Fray Lesco que en aquel caso el crítico había acabado con el artista. La misma conclusión podemos extraer de su actitud con respecto a la producción creativa del propio Fray Lesco. Juan Rodríguez advierte que pese a que Doreste se sentía poeta, «ejercía sobre sí mismo en este terreno creativo una severa crítica»¹⁰.

Enamorado profundamente del arte en cualquiera de sus manifestaciones, en especial de la pintura y de la literatura, produjo muy pocas obras poéticas o de prosa de ficción. Ya indicamos que publicó algunos cuentos en Salamanca. Sus trabajos narrativos, a falta de nuevos hallazgos, se ciñen a aquel grupo y a otro recogido en la revista bonaerense *Canarias*, «Revista ilustrada, órgano de la Asociación Canaria de Socorros Mutuos de la República Argentina» fundada por Juan Domenech en 1913, en la aparecen publicados títulos como «¡Caramba!», «La Nove-

9. J. Velázquez, «En busca de un humanista», *El Eco de Canarias*, 10 de marzo de 1968.

10. *Op. cit.*, p. 45.

na» y «Carcoma», de incuestionable sabor realista-costumbrista, en el tratamiento tanto del léxico como del espacio. La mayor parte de estas pequeñas obras fueron recogidas con posterioridad en la prensa canaria. Por otra parte, Luis Alemany se refiere, en su libro *El Teatro en Canarias. Notas para una historia*¹¹, a un libreto que con el título de *La zajorina* firmó Fray Lesco. La obra, estrenada con gran éxito en diciembre de 1932, pertenecería al tipo de «teatro popular de ambientación rural»¹² que se consolidó en Canarias desde la segunda mitad del siglo XIX, aunque fue cultivado hasta bien entrado el siglo XX por autores como Domingo Margarit Carmona o Rafael Vilela y Montesorro. Por otra parte, la aproximación de Doreste a la poesía se produce fundamentalmente a través de la traducción de sus autores italianos predilectos, Carducci y Rapisardi. No obstante, la revista literaria *Florilegio* incluye en sus páginas un poema de Fray Lesco, «La estrella compasiva», escrito en Salamanca en 1909 y publicado en Las Palmas el 13 de julio de 1913. Rodríguez Doreste incluye en su volumen misceláneo *Crónicas de «Fray Lesco»* otra poesía, «Tarde de verano» (1917)¹³, encontrada al azar entre los papeles de su tío. Existe asimismo un poema que lleva el explícito título de «En la portada de un libro que nunca podré escribir», y que en cierta manera adelanta la postura de su autor en lo referente a su producción artística. También cultivó con gran madurez el tipo de crónica que difundiera su maestro Miguel de Unamuno en libros como *Andanzas y visiones españolas* (1922), el de la descripción de viajes y paisajes. Estas crónicas son fruto de sus viajes por Italia, Francia, Alemana, Austria y la Península, así como de sus excursiones por las Islas.

11. Santa Cruz de Tenerife, Organismo Autónomo de Cultura, 1996, pp. 34-35.

12. *Idem*, p. 33.

13. D. Doreste, *Crónicas de «Fray Lesco»*, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1954, p. 211.

En el aspecto teórico-literario, la tendencia en la que más se prodigó fue la crítica, en la que siguió las premisas revolucionarias de Croce. Doreste, quien no se consideró crítico ni pretendió sentar plaza como tal, reiteró siempre que la crítica era un arte, y el crítico, un artista. Así, se opuso a la crítica preceptista y defendió una crítica libre, esencialmente lírica, que fue la que él practicó. En ella manifestó implícitamente su personal doctrina estética.

En una época marcada, como él mismo apuntó, por un «charrón editorial», consideraba que no valía la pena crear nada que no fuese profundamente personal, lo que no implica, en su caso, falta de sinceridad al escribir. De esta manera expresó su imposibilidad para producir algo encuadernable, aunque en varias ocasiones tuvo en mente reunir en un libro articulado algunos de sus ensayos más significativos. No lo hizo él y no lo hizo nadie después de su muerte¹⁴, aunque fueron muchos los que reseñaron la obligación histórica de rescatar de la apolillada prensa de la época aquellos escritos que son a la vez memoria y conciencia del primer tercio del siglo XX.

II

De todos es sabido que la sociedad española de las primeras décadas del siglo XX se hallaba sumida en una profunda crisis espiritual, moral, social y política, y que ésta, como un complejo indivisible, actuaba en el ánimo de cada español. Fray Lesco, como otros destacados intelectuales —Azorín, Maeztu, Antonio Machado, D'Ors o García Morente—, se erigió en portavoz del pueblo. Protestó por la falta de hospitales, de higiene, de mercados; por el abandono de la estética pública; por el retroceso ético

14. Excepto, como ya hemos visto, su sobrino Juan Rodríguez Doreste en 1954.

de una sociedad que iba sustituyendo los valores morales por valores cotizables, generando así una «sequedad afectiva», una carencia de sentimientos que tenía su raíz en esa misma materialización de la vida; por la «pereza mental» de una juventud que sentía miedo de pensar o inquirir¹⁵, etc. Condenó, en definitiva, la muerte del sentimiento social en su país, al que amó sobre todas las cosas. Pero no creía que su rehabilitación fuera cosa de gentes de su edad. Confiaba en la generación siguiente, en la de sus hijos y los hijos de otros que, como él, sufrían en silencio. Anhelaba la restauración de España, pero no la de una España nueva y europeizada, ni la de la España vieja, excepción de la cultura europea; quería la restauración de la España verdadera, la subsistente, la que enlazaba el pasado con el porvenir, como momentos de una misma vida histórica que se hallaba, como pensaba Unamuno, lejos de archivos y bibliotecas. La España que necesitaba renacer de sí misma y de su «intrahistoria», próxima al viento europeo, sin miedo a perder por ello su propia personalidad.

Esta ininterrumpida reflexión acerca las cosas de su país fue formalizada, sobre todo, en la prensa. *España, Unión Liberal, El Fígaro, La Mañana, Ecos, El Liberal, La Jornada, La Crónica, Las Efemérides, Diario de Las Palmas, Hoy o El Tribuno* fueron algunos de los diarios de Las Palmas de Gran Canaria en los que colaboró, aunque debemos acentuar que publicó trabajos en todos los lugares en los que residió. Esta constante vinculación a los rotativos fue la que llevó a Rodríguez Doreste a considerarlo, ante todo, un periodista. Es cierto: Doreste fue el

15. Unamuno dirá: «No hay corrientes vivas internas en nuestra vida intelectual y moral; esto es un pantano de agua estancada, no corriente de manantial (...). Bajo una atmósfera soporífera se extiende un páramo espiritual de una aridez que espanta. No hay frescura ni espontaneidad, no hay juventud», en *En torno al casticismo* [1895 y 1902], Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 130.

prototipo de periodista cultural de la época que debía contar con múltiples conocimientos. Pero no es menos cierto que el periodismo fue un medio de expresión circunstancial para él y para todos los que, como él, quisieron hacer escuchar su voz en un tiempo en el que era complicado conseguir una editorial dispuesta a arriesgarse con nuevas empresas y en el que tampoco abundaba el público lector de libros. Doreste se dedicó a la labor periodística en sus ratos libres, aquellos que le permitió su absorbente profesión, pero lo hizo siempre con intensidad, con una formidable vitalidad. Durante toda su vida se dedicó a leer, a comentar y a glosar lo que leía o lo que le sugería el ambiente ciudadano o nacional.

Desde que comenzó a publicar en el diario salmantino *El Tiempo* una sección fija llamada «De ventana a ventana», su pluma se ocupó de los más variados temas: sucesos acaecidos en la ciudad, ecos de la vida juvenil, tertulias de la Plaza Mayor, estrenos teatrales, etc. Numerosos testimonios se han referido al prestigio que, por la brillantez de sus estudios y por su participación en la prensa local, alcanzó Doreste en sus años de residencia en la vieja localidad castellana.

La participación de don Domingo Doreste en la prensa insular no guarda una armonía simétrica en cuanto al volumen de escritos. La primera etapa de su producción abarca sus trabajos iniciales, los producidos en Salamanca y otras ciudades peninsulares, y los publicados simultáneamente en Las Palmas de Gran Canaria, que aparecen con asiduidad en el *Diario de Las Palmas*, *El Fígaro*, *España*, *Unión Liberal* y *Las Efemérides*, del que llegaría a ser redactor jefe. En este periódico de tendencias izquierdistas se encargó, sobre todo, de cuestiones relacionadas con la política internacional, a partir de la información que le llegaba de los periódicos italianos que leía con avidez. La moderna ciencia de la Sociología fue otra de las disciplinas que estudió y difundió desde aquellas páginas durante los meses de octubre y noviembre de 1902.

La segunda etapa comenzó, desde nuestro punto de vista, en enero de 1904, cuando fundó *La Mañana*, y terminó en mayo de 1915, cuando cesó la publicación del periódico que Rodríguez Doreste consideró el «selecto palenque de la mayor actividad literaria de la isla»¹⁶. Al mérito de sus directores se unieron Arturo Sarmiento, como redactor jefe, y Miguel Sarmiento, Ángel Guerra, Diego Crosa, los hermanos Millares y Benito Pérez Armas, como colaboradores. En él Doreste dio testimonio de su enciclopedismo. Abarcó todos los temas que en aquel momento captaron su atención: el mundo internacional (las potencias del Pacífico); la política nacional (la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial, la caída del gobierno del conservador Raimundo F. Villaverde, la política agrícola de Montero Ríos, la división provincial); problemas pedagógicos (los libros de texto, el industrialismo de los profesores, los planes de estudio); la crítica literaria (libros de Isaac de Viera, de Óscar Wilde, de Unamuno, de Tomás Morales, de Prudencio Morales, de Claudio de la Torre¹⁷); las cuestiones sociales (el obrerismo), etc. Asimismo publicó algunas de sus más bellas crónicas viajeras. Consideramos que las etapas reseñadas son las más fértiles en cuanto al número de publicaciones.

A partir de 1915 se inició una etapa marcada por una producción, más espaciada en el tiempo, de escritos periodísticos. Doreste continuó encargándose con el mismo ímpetu de los motivos que le preocuparon desde sus primeras andanzas intelectuales, demostrando así la solidez de su pensamiento. No obstante, con el paso de los años nuevas realidades cautivaron su interés: la deforestación que estaba padeciendo su isla; la permanente «involución» de la Semana Santa de Las Palmas, que iba perdiendo su expresión artística, tradicional y religiosa; el turismo,

16. *Op. cit.*, p. 55.

17. M. del C. García Martín, art. cit.

entendido como pretexto para conocer las bellezas naturales de las Islas y como fuente de recursos en una economía amenazada; la ordenación urbanística de Vegueta, para la que Doreste reclamó más plazas y monumentos... Sin embargo, fueron las cuestiones social y religiosa, de extremada candencia en el primer tercio del siglo xx, las que se adueñaron de algunos de sus más divulgados y combativos ensayos.

Las observaciones de Domingo Doreste concernientes a estos temas nos muestran a un «humanista»¹⁸, a un hombre que actuó movido por un evidente sentimiento filantrópico y que luchó, siempre próximo a los más desfavorecidos¹⁹, contra la injusticia, la beligerancia, la hipocresía en la religión, el atavismo, etc. Con convicción, agilidad de espíritu y profundidad de pensamiento, cualidades inherentes a su persona, se deslizó por los enrevesados senderos de la convulsión general que sufrió la sociedad española en aquellos años. A esta tarea la calificó Rodríguez Doreste como «magisterio popular, militante, directo y cotidiano»²⁰, ejercido con la pluma y la palabra hablada, magisterio que alcanzó gran eco popular y que resulta imprescindible para conocer el hilo de la historia de las Islas Canarias. Como fruto de este «magisterio» aparecieron en febrero de 1931 sus «Cartas a un católico», que sirvieron como análisis y diagnóstico de la crisis espiritual y social que desde finales del siglo xviii sufría la civilización occidental e inscribieron a su autor en la minoritaria *élite* culta que pretendió marcar el rumbo de las nuevas actitudes públicas del catolicismo.

18. Así nos lo presentaron Juan Velázquez y Juan Rodríguez Doreste en sus trabajos ya citados.

19. Un ejemplo de su elevado sentido social fue la iniciativa que promovió en febrero de 1922, desde las páginas de *La Jornada*, rotativo de Las Palmas de Gran Canaria, para recaudar fondos que aliviasen las penurias de los niños hambrientos de Rusia.

20. *Op. cit.*, p. 127.

Las «Cartas a un católico» nacieron en un contexto socio-cultural que les fue congénito, cuando el Estado español alcanzaba el punto más crítico de su progresiva secularización. Son continuadoras del sentimiento que Salvador de Madariaga reflejó en 1930 en su *Ensayo de historia contemporánea*: «Sería difícil hallar una nación en donde el clericalismo sea un enemigo más rígido de toda transacción razonable con el espíritu del tiempo que la España contemporánea»²¹ y, antes que él, Miguel de Unamuno: «Yo no comulgo en la religión oficial, pero soy cristiano, y lo que más me apena es ver que aquí, en España, en gran parte, el catolicismo está ejerciendo de medio, el más activo, de la descristianización»²². Y preceden cronológicamente, en muy pocos meses, al discurso que Manuel Azaña pronunció en las Cortes españolas el 13 de octubre de 1931, cuando afirmó de manera axiomática: «España ha dejado de ser católica: el problema político consiguiente es organizar el Estado en forma tal que quede adecuado a esta fase nueva e histórica del pueblo español...»²³.

La marginación de la Iglesia en el mundo sociopolítico y el anticlericalismo, tanto de signo burgués como proletario, eran ya realidades difíciles de frenar. La indiferencia de las clases media y alta, y la impiedad y la antipatía de las clases obreras hacia la realidad eclesiástica se basaban en el rechazo a una institución prepotente que, sobrecargada de recursos y personal, era incapaz de comprender el nuevo mundo que despuntaba más allá de sus fronteras. España comenzaba a dejar atrás el subdesarrollo que caracterizó su siglo XIX y se aproximaba a los modernos niveles de desarrollo europeo cuando se empezó a

21. S. de Madariaga, *Ensayo de historia contemporánea* [1930], Buenos Aires, 1964, p. 153.

22. M. de Unamuno, «La mentira religiosa», *Renovación* (Las Palmas de Gran Canaria), 29 de agosto de 1914.

23. M. Azaña, *Obras completas*, t. II, México, Oasis, 1966, p. 49.

vislumbrar sobre nuestra sociedad, tradicionalmente católica, la temible lacra de la apostasía, cuya raíz situaron muchos analistas en la época del reinado de Carlos III y sus ministros, representantes del enciclopedismo. Otros, como Marcelino Menéndez Pelayo, la acercan aún más en el tiempo y estiman que las ideas revolucionarias iniciaron su andadura tras la muerte de Fernando VII, cuando se polarizaron en España dos bandos irreconciliables, uno defensor de una religiosidad «de cruzada» y otro rotundamente negador de la fe, facciones que llegarían a su enfrentamiento más intenso en la Guerra Civil de 1936.

Las palabras que inician la primera de sus «Cartas» se refieren a la materia que va a estudiar; «la “cuestión religiosa”, que, quizá con más pujanza que la “cuestión social”, late en las inquietudes del momento» («Cartas a un católico», I). No obstante, la extensa meditación dorestiana, lejos de su intención primera, se moverá entre los dos extremos de un mismo conflicto ético-social. Su aseveración es, sin duda, irrefutable: el problema «religioso» o «clerical» fue el definidor del período que abarca gran parte de su vida, la Restauración (1874-1931), el que separó a los dos grandes partidos dinásticos, el de la «tradicción», que seguía afirmando que «el liberalismo es pecado», y el del «progreso», partidario de la libertad plena en todos los campos. Ambas concepciones se encumbraron como emblemas de un maniqueísmo que afectó a todas las facetas de la vida, tanto pública como privada. Recurrimos a las palabras de P. Sarabia para bosquejar una situación histórica que pronto, apenas cinco años después, tomó tintes dramáticos:

Y se miraron frente a frente la España grande de la fe católica y la España roja del socialismo ateo y del comunismo ruso... Y empezó la lucha de la España creyente contra la España atea, de la España de los Reyes Católicos contra la España esclava de Moscú; de la España de las catedrales contra la España comunista que sólo sabe robar, asesinar y matar (...).

(...) la tea y el puñal iban abriendo un abismo invadeable, negro y profundo como el infierno, entre la España vieja y la nueva, entre las víctimas y los verdugos, que debía hacer perpetua la guerra religiosa (...) ²⁴.

La polémica de aquellos años afectó igualmente a la cuestión social, ante la que no quiso mostrarse indiferente por considerar que la indiferencia era esencialmente burguesa, tema que apareció desde sus primeros escritos conocidos y no lo abandonó jamás. De 1902 datan sus primeras aproximaciones al análisis de la cuestión social. Desde el inicio manifestó su repugnancia porque el trabajo fuese cotizado a vil precio y defendió la instrucción de la masa obrera como medida para alejarla del peligro de una gran revolución. En 1922, en una de las celebraciones del 1.º de mayo, Domingo Doreste analizó la situación de los trabajadores, a los que arengó para que continuaran luchando por sus derechos una vez que habían alcanzado una situación sin precedentes en la historia: una jornada de ocho horas y el comienzo de las reparticiones de los latifundios entre los proletarios. Este progreso había ido creando una conciencia diferente en el seno de la masa obrera, que de una fe mesiánica en la revolución había pasado, tras el esfuerzo de la guerra mundial, a creer en la eficacia de la acción y de la voluntad, una voluntad limitada por la realidad circundante. En la misma intervención, no obstante, alertó a sus oyentes para que no tratasen de disolver a la familia, a la que consideraba el monumento perenne de la sociedad, para que no redujesen la Religión a una forma privada de culto, para que no suprimiesen el amor a la Patria, ni convirtiesen al individuo en una mera expresión estadística del Estado, haciendo que toda la economía dependiese de éste. Fue una de las ocasiones en las que Doreste supo contar con mayor

24. P. Sarabia, *España, ¿es católica?*, Madrid, Perpetuo Socorro, 1939, pp. 12 y 19.

viveza y emoción las cosas de su vida contemporánea, cosas que pintó con el nítido color de la realidad. Ya con anterioridad, en enero de 1925, el *Diario de Las Palmas* había publicado una serie de cinco artículos titulados «Frente al socialismo». En ellos Domingo Doreste atacó, sin reservas, la actitud reticente que el clero enarbolaba frente al avance de las ideas socialistas entre los obreros. Podemos considerarlos, en su conjunto, el antecedente más inmediato de «Cartas a un católico». El propósito primero de Doreste con sus escritos fue sacudir los espíritus y promover una preocupación de orden trascendental en una sociedad adormecida y llena de convenciones. En estas líneas llenas, como era habitual en todo aquello que llevaba su rúbrica, de acusaciones directas, no exentas de ironía y de profunda meditación, inició su crítica a la caridad confesional desarrollada en fiestas íntimas dirigidas a hambrientos católicos —¡pobre del samaritano impuro!—; a una prensa con ambiciones imperialistas, desbordada de imperfecciones técnicas que, alejada de la modernidad, mostraba numerosos particularismos políticos; a un clero que no captaba la actualidad, que creía que el Socialismo se había fundado bajo la rebelión de Lutero y que había crecido en torno a la masonería.

Recordemos que los orígenes del movimiento obrero español datan, aproximadamente, de 1873 —más de medio siglo después de que se iniciara en el resto de Europa— y que el primer partido obrero de la historia española, el Partido Socialista Obrero Español, se fundó en Madrid en 1879. El proletariado, poco a poco, se fue dejando captar por aquellos «apóstoles de la revolución» y, así, las primeras décadas de este siglo fueron testigo de la intensa acción que llevaron a cabo los obreros para mejorar su nivel de vida. De este modo, Fray Lesco, como otros muchos profesionales e intelectuales partidarios de la incorporación del socialismo al juego político y administrativo del país, fue partícipe a la vez que biógrafo del lento aunque seguro y

sostenido crecimiento del socialismo español durante el primer tercio de este siglo.

Fueron varios los puntos de la geografía insular y nacional en los que se prodigó Fray Lesco como conferenciante y «científico» del obrerismo, al que siempre apoyó: la Asociación de la Prensa de Las Palmas, el Ateneo Obrero de Salamanca, el Centro de Dependientes ²⁵, etc. Su vinculación, que no afiliación, a este movimiento reivindicativo le llevó a participar en numerosos actos del «1.º de mayo», donde lanzó sonadas arengas a favor del proletariado, colectivo llamado «a arreglar la cocina de la humanidad», para que continuase luchando por sus derechos. En estos «mítines» examinó sin afectación los errores más importantes de la «ingente pirámide del capitalismo»; defendió la instrucción de la masa obrera como obra cristiana, frente a la «santa ignorancia» en la que pretendía confinarla la burguesía, y apoyó la revolución como medida redentora, siempre que portase los estandartes del valor cívico y moral y estuviese guiada por la energía que proporcionan la voluntad y la acción, y no por una fe ciega en la fatalidad histórica. A través de la revolución social se debía alcanzar la supresión total de la miseria, la seguridad del bienestar y un régimen alejado de la limosna, donde se cumpliesen los deberes y, ante todo, los derechos. Por este camino, en 1922 la emoción le llevó a admitir, tras haber visto en Milán a unos obreros encastillados en una enorme fábrica que dejaba ondear una bandera roja en una de sus ventanas: «Nos habéis hecho a todos más o menos socialistas, que es lo más importante por lo menos a los que ponemos la justicia por encima de todos los intereses creados e increados» ²⁶.

25. Primera agremiación canaria afiliada a la Unión General de Trabajadores y germen del movimiento socialista en Las Palmas.

26. D. Doreste Rodríguez, «Gran mitin y manifestación del Primero de Mayo. Los trabajadores canarios protestan de su condición de clase oprimida», Álbum Familiar, mayo de 1922. El Álbum Familiar es una colección de recortes de prensa con artículos de Domingo Doreste, elaborada por la esposa de

Sin embargo, próximo a los obreros, Fray Lesco no olvidó nunca sus arraigadas creencias religiosas formadas en el seno de la Iglesia Católica española. Fruto de su apego a ambas colectividades, aparentemente antagónicas en España, surgió un verdadero cuerpo de doctrina que Rodríguez Doreste sitúa en las posiciones que tras la Segunda Guerra Mundial asumirían en Europa los partidos políticos llamados demócrata-cristianos.

Es muy probable que el núcleo de su doctrina se encuentre en el conjunto de estos nueve artículos intitulado genéricamente «Catolicismo específico. Cartas a un católico». Aparecieron en el diario *El País* de Las Palmas de Gran Canaria, aunque de manera casi simultánea los reprodujo *El Tribuno*, de la misma ciudad. Cada escrito lleva un subtítulo, si bien el primero aparece con el epígrafe de la serie, por lo que podemos considerarlo capítulo introductorio. Los siguientes aparecen divididos por temas: «Los nuestros», «Confesionalismo somatenista», «Tipos representativos», «El socialismo», «S. M. el Propietario», «La democracia», «La Política» y, por último, «Frasas acuñadas».

Las «Cartas a un católico» denuncian, en primera instancia, la situación de «parálisis evolutiva» que exteriorizaba una gran parte de la cristiandad española, ampliamente «escolástica» aún. Una cristiandad «institucionalizada» que se retrotrajo a su pasado esplendoroso, a los tiempos en los que había surgido «desde la conciencia individual a la colectiva, un clamor unánime de justicia para el catolicismo, profesado por los más y de manera heroica, de la manera con que sabe defender sus convicciones nuestra raza invicta, perdiendo antes la vida que abandonar su fe»²⁷, y que se enfrentó a los dos ciclos revolucionarios

éste, y en la que no constan todos los escritos originales ni las fechas completas de publicación. El Album se encuentra en El Museo Canario de Las Palmas de Gran Canaria, a cuya dirección agradecemos su consulta.

27. A. Peláez Velasco, *Iglesia y Estado*, La Laguna, Imprenta Pacheco, 1932, pp. 3-4.

por los que discurrió el mundo en aquella época: el liberal y el socialista.

El destinatario al que van dirigidas las «Cartas», prototipo de este modelo de cultura católica, pertenece al ambiente generado en torno al periódico católico *El Defensor de Canarias*, formado por escritores pertenecientes a una minoría católica, apostólica, romana, inquisitorial y absolutista, surgida en el seno de la gran familia cristiana, aunque alejada de la verdadera esencia católica; minoría que profesaba un catolicismo que, legado del carlismo, se había convertido en «arrogante» (*ibid.*), «hipocondríaco y apocalíptico» (*ibid.*, II), monárquico, dictatorial, conservador y de un «confesionalismo estridente» (*ibid.*, III), «ansioso de que se presente la ocasión de disparar el mosquete» (*ibid.*), lo que la alejaba de las más sinceras acciones de fe. Fue a este tipo de catolicismo español «a machamartillo» (*ibid.*, I), de «catolicismo remachado a martillazos, inquebrantable» (*ibid.*), «clericalismo basto, cerrado y dogmático» —en palabras de Pío Baroja²⁸—, al que se enfrentó dialécticamente Fray Lesco, como también lo hiciera don Miguel de Unamuno, a quien le repugnaban «los ortodoxos, sean católicos o protestantes —estos suelen ser tan intransigentes como aquellos—, que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos»²⁹. Para ambos, la fe más robusta era la que se basaba en la incertidumbre: «Fe que no duda es fe muerta»³⁰, concepción radicalmente opuesta al dogma católico que defendieron eruditos como don Marcelino Menéndez Pelayo, quien llegó a afirmar:

28. P. Baroja, *Juan Van Halen. El oficial aventurero*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970, p. 22.

29. M. de Unamuno, «Mi religión», artículo aparecido en el diario *La Nación* de Buenos Aires el 9 de diciembre de 1907, y reproducido en *Obras completas. Nuevos ensayos*, III, Madrid, Escelicer, 1966, pp. 259-263.

30. M. de Unamuno, *La agonía del cristianismo* [1925 y 1931], Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 30.

Soy católico, ni nuevo ni viejo, sino *católico* a machamartillo, como mis padres y mis abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy católico *apostólico romano* sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquier forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso (...) ³¹.

Gracias a las columnas de sus múltiples colaboradores, *El Defensor de Canarias* emprendió, al unísono, una campaña que, directa e indirectamente, refutaba lo que Doreste concretaba en *El País*. Desde sus páginas se arguyó casi a diario que todo aquel que apoyase al socialismo, desde dentro o desde fuera, pertenecía al clan de los revolucionarios, «enemigos de la Iglesia y del Trono» ³². La misión de los católicos de *El Defensor* era prevenir a los lectores de «los falsos ascetas sociales» ³³, seguidores de «un régimen bochornoso de comunidad y promiscuidad, tomando por modelo las delicias de la Rusia soviética, afrenta de la humanidad y baldón de la civilización» ³⁴. Para que esta función llegase a todos, Rien Saint exigía más diarios católicos que, como *El Defensor*, verificasen «una labor positiva de afianzamiento de la autoridad constituida, de los poderes establecidos legítimamente y, lo que más vale, de educación cristiana y progresista, que es el más firme valladar contra el empuje satánico de la revolución socialista y sus voceros, los órganos de la prensa disolvente y antirreligiosa». La campaña de desprestigio contra

31. M. Menéndez Pelayo, «Mr. Masson redimuerto. (Segunda contestación a D. Manuel de la Revilla)», en *La ciencia española*, vol. I, en Edición Nacional de Obras Completas, vol. LVIII, 1953, pp. 200-201.

32. M. Peñaflo, «Madrid. Recordemos...», *El Defensor de Canarias* (Las Palmas de Gran Canaria), 25 de febrero de 1931.

33. Rien Saint, «Para *El Defensor de Canarias*. Necesidad de un diario católico», *El Defensor de Canarias*, 3 de marzo de 1931.

34. *Idem*.

Fray Lesco continuó en la Semana Santa de aquel año, cuando al referirse al general catolicismo de la ciudad de Las Palmas, los cronistas señalaron que sólo había unos cuantos «que andan por ahí descarriados y se permiten despotricar, hablando a diestro y siniestro sin saber lo que dicen y sin ser capaces de entenderlo (...). ¡Son dignos de lástima!»³⁵. De forma soterrada, aunque evidente, lo aluden cuando piden

Que ningún católico se deje seducir por la palabrería de quienes, habiéndose educado en el seno de la sociedad cristiana y católica, se desvían lastimosamente de sus creencias religiosas y presumen de incrédulos o indiferentes, por parecerles que así son más hombres³⁶.

La actitud que exhibió Fray Lesco puede resultar peregrina si tenemos en cuenta que perteneció a una familia de la clase media provincial, reacia a cualquier alteración social, y que se educó en la Iglesia católica española. Ambas colectividades habían hecho causa común ante el avance del socialismo y el consecuente incremento de las demandas obreras. Las clases altas y, por mimetismo, extensos sectores de las clases medias, ajenas al cambio histórico y al problema social por la lenitiva consideración de que «siempre han existido pobres y ricos», prefirieron identificar caridad y limosna, graciosamente concedidas y, por su propósito de mantener las estructuras sociales ya fijadas, establecieron una tupida red de lazos entre el ejército, la institución eclesiástica y su estatus socioeconómico. Esta postura infligió duros golpes a la religiosidad española, pues adulteró su función social, más próxima entonces al poderoso que al débil, y provocó entre el creciente proletariado español un patente sentimiento de marginación, de desamparo religioso y espiritual.

35. «La Semana Santa y los católicos de Las Palmas», *El Defensor de Canarias*, 30 de marzo de 1931.

36. *Idem*.

Fray Lesco censuró siempre esta prudente alianza entre el clero, los capitalistas y los terratenientes, y la consideró una de las principales causas de desunión entre la Iglesia, que mantuvo actitudes de tajante rechazo a una resolución honesta de la cuestión social, y los obreros, que percibían cómo la religión se había convertido en una gendarmería de los ricos, en un partido político en el que todo se hallaba dogmatizado. En un principio, la conservadora posición de los sacerdotes fue de enérgica oposición a las huelgas, a las jornadas de ocho horas, a la revolución y, por extensión, a cualquier opinión próxima al socialismo, al que consideraron la mayor de las herejías. Junto a ellos, una facción de reaccionarios católicos, firmes «paladines de una lucha religiosa», se jactaba de tutelar el monopolio del cristianismo, aunque no acertaba a ver más que fantasmas tras cualquier alteración social: el bolchevismo, el comunismo, el socialismo, la democracia y, sobre todo, la República, provocaban el más cruel de los terrores, el miedo a malograr el orden social establecido.

En el quinto artículo de la serie, «El socialismo», Fray Lesco se lamentó por esta incomprensible actitud:

padecen ustedes, respecto del socialismo, una ceguera voluntaria. No se ha querido ver el fondo de justicia social que encierra, su verdadera alma; no se ha sentido la palpitación trágica de la masa desheredada —¡por tanto tiempo!— a la fluctuación económica, como mercancía sujeta a oferta y demanda, al salario mínimo, equivalente, por ley implacable del capitalismo, al mínimo coste de la vida, a lo indispensable para no morir.

También Unamuno había considerado al socialismo un ideal que incluía la transformación de la moral burguesa y la humanización de las relaciones entre los hombres. Humanización que suponía que los valores que en el capitalismo jerarquizaban la convivencia o subordinaban unos individuos a otros dejaban de

cumplir tal función al hacerse imposible la «posesión», que era el medio principal para adquirir riqueza y poder. El vasco hallaba en la emancipación de la clase obrera la emancipación del pensamiento y la cultura en general.

Fueron numerosas las ocasiones en las que Doreste defendió este ideario obrero, y por ello, desde la tradicional prensa católica, como ya hemos visto, se le tildó de *satánico*. Estudió las teorías marxistas, de algunas de las cuales se consideró partidario, pero no dudó en rechazar su pretendido carácter científico. Como ya hiciese don Miguel de Unamuno, quien creía que eran las personas las que hacían y llevaban las cosas, la idea la que creaba el movimiento, y no a la inversa, negaba Fray Lesco la noción del materialismo histórico que explicaba el desarrollo de «los acontecimientos por un ritmo y un resorte materialistas, cuando hoy en realidad se tiende a espiritualizar la Historia, a reconocer que los motivos humanos fuertemente impulsores son éticos y religiosos» (*ibid.*, V). Incluso admitía estar de acuerdo con el católico español que repudiaba al marxismo por su falta de contenido moral y religioso. Asimismo, le imputó el haber ejercido «en las masas una dictadura dogmática... No conozco tipos menos libres, más condenados a la inmovilidad del pensamiento, que los que han aceptado el marxismo por entero, sin resabio de crítica» (*ibid.*). Los últimos días de febrero recogían un juicio similar en *El Defensor*:

Si quieren implantar el colectivismo universal no es por actos libres y espontáneos, sino por imposición dictatorial. Si aspiran a la nivelación, no la fundan en la renuncia del burgués, sino en el despojo brutal del mismo. La fraternidad universal que predicán no se basa en el amor al prójimo ni en la esperanza del cielo, sino en la revolución social y en el ansia de gozar en la tierra ³⁷.

37. B., «Nuestros colaboradores. Temas socialistas. Socialismo y Cristianismo», *El Defensor de Canarias*, 26 de febrero de 1931.

Sin embargo, el acuerdo termina en este punto, ya que acto seguido muestra su disconformidad ante la condena que se le hace a Marx en bloque, sin comprender y esclarecer sus ideas, sin recordar que el socialismo es anterior a él, por lo que atribuirle un movimiento social a una doctrina, especialmente cuando la doctrina viene a posteriori, es un error de peso. De evidente base marxista es su reflexión sobre el orden establecido, producto «de sacudidas anteriores, de mil alteraciones del orden» (*ibid.*, I). Recurre a Marx y a su especulación sobre la evolución de las sociedades humanas, desarrollada siempre bajo la tutela de radicales transformaciones suscitadas por una lucha de clases antagónicas como eran, en aquel momento, la poderosa burguesía y la explotada clase obrera.

Creemos oportuno hacer un inciso en este punto para recordar que el movimiento obrero canario, aunque mantuvo ciertas concomitancias con la evolución del resto del Estado, mantuvo peculiaridades específicas, tales como su alto grado de autonomía, una acusada desconexión patronal y una actividad marcada por la lejanía y el aislamiento espacial. En Las Palmas fue el Partido Republicano Federal dirigido por Franchy y Roca el que puso de 1903 a 1914 las bases sobre las que se iría gestando la toma de conciencia de las masas populares, aunque en niveles muy embrionarios. A este partido permaneció unido el movimiento obrero y popular hasta 1918, cuando se constituyó la primera agrupación del Partido Socialista Obrero Español, reorganizado luego a raíz de la dictadura de Primo de Rivera. Su realizamiento definitivo llegaría tras la favorable dinámica del paréntesis gubernamental de Dámaso Berenguer (1930-1931).

Estas «Cartas», misivas colmadas con la franqueza de un católico que no ha olvidado que el cristianismo es la exigencia activa del amor fraterno, la confesión a Cristo mejor con conductas que con palabras, son el prelude en nuestras islas del régimen republicano que se iniciaría en el país pocos días después y cuya legislación laicista sólo era el reconocimiento jurídi-

co del estado de ánimo de la inmensa mayoría del pueblo español. Ante la nueva situación política Doreste adelanta su posición de católico de incontestable fe, de cristiano que concibe un catolicismo en el que tienen cabida todos los hombres de buena voluntad. Así, al tiempo que interroga a sus «adversarios» religiosos: «¿no sería más cristiano prevenirse a aceptarla con indiferencia evangélica, y con fe ciega en la fortaleza de nuestra religión?» (*ibid.*, VIII), expone su propuesta:

Quizá lo más práctico para el catolicismo en España sería hoy educar una juventud para la república —perdone usted este herético atrevimiento—, una juventud sinceramente democrática y religiosa, no manipulada, ciertamente, por el sacerdote. Al que esté dotado de ancha visión política no le parecerá tan absurda la idea (*ibid.*).

Dos meses después, con la recién estrenada bandera republicana ondeando en los mástiles de los edificios públicos, Fray Lesco reconocía que la nueva forma de gobierno estaba transformando los espíritus y creando un nuevo sentido de ciudadanía. Veía cómo el ciudadano que antes adoptaba una actitud *frente* al Poder, ahora se sentía *colaborador* del régimen:

La República no es mero triunfo de un partido. Es una creación del ciudadano; y el ciudadano no está dispuesto a que le malogren su obra. Por eso se siente no frente al Poder, sino a su lado, en actitud confiada, sin dejar de ser vigilante. La masa ha dejado de ser neutra, porque la neutralidad es la renuncia a la lucha ³⁸.

No obstante, a la vez que manifestaba sus sinceras esperanzas, advertía que aquél debía ser, a la vez que momento de

38. D. Doreste, «Ante el régimen. La nueva conciencia y los nuevos escrúpulos», *El Liberal* (Las Palmas de Gran Canaria), 27 de abril de 1931.

júbilo, momento de reflexión, iniciación «para la nueva vida que empezamos a ensayar. Este albor de pureza ha de perdurar para que el régimen no caduque extemporáneamente»³⁹. Los periódicos de abierto matiz republicano se apresuraron a aleccionar a la masa sobre los peligros que la acechaban:

la maniobra del antiguo cacique o antiguo caciquismo está perfectamente prevista. Pero la revolución no puede permitir en su seno adulteradores; contra ellos se alzarán con la energía que ahora no ha puesto para abofetear a quienes ensuciaron con las más despreciables triquiñuelas las funciones de gobierno⁴⁰.

Sin embargo, la inexorable realidad política fue confirmando estos iniciales temores. Un mes más tarde, Fray Lesco volvía a asomarse a las páginas de información para gritar:

¿pero no son estas las mismas corruptelas que ustedes han venido execrando toda la vida? ¿Se puede consentir que se repitan, casi por vía del *sport*, al mes de nacida la República? Yo creo que nosotros, los últimos llamados a la república, los gentiles, tenemos ganado algún derecho, en nombre y defensa de la república misma⁴¹.

La república «de todos los españoles» consiguió terminar con la monarquía, objetivo que había gravitado muchos años en la conciencia del proletariado español, pero no generó el ambiente necesario para la pretendida revolución social. «La República no vaciló y ha quedado en pie, pero no ha logrado todavía

39. *Idem*.

40. «Notas de redacción. La generosidad republicana», *El País* (Las Palmas de Gran Canaria), 9 de mayo de 1931.

41. D. Doreste, «Pureza republicana. Ante las elecciones», *El Liberal*, 17 de junio de 1931.

su madurez»⁴², afirmaba Doreste en la conmemoración del primer aniversario de la proclamación de la República, y continuaba:

España, se ha dicho, ha dejado de ser monárquica, pero no es todavía republicana. Monarquía, República: palabras sin sentido si no han de tener un contenido diverso, no teórico, sino real. Quizá lo que hasta la fecha ha aportado de más hondo la República en España es la crisis del poder público, problema siempre inactual en la antigua Monarquía⁴³.

El gran error, según Luis Araquistáin⁴⁴, fue creer que en la colaboración con partidos burgueses, por muy radicales que se titulasen, se podría llevar a cabo una revolución democrática a fondo, es decir, la destrucción de las grandes fuerzas oligárquicas, la propiedad tradicional y latifundista, la Iglesia Católica, la casta militar y burocrática, el capital financiero, etc. Incluso Unamuno, que había comenzado colaborando con el semanario del partido socialista de Bilbao, *La lucha de clases*, se declaró en 1930 «republicano accidentalista». Sin embargo, meses después expresó, como otros tantos intelectuales republicanos y liberales, su decepción ante un gobierno que carecía de líderes eficaces y capacitados y una Iglesia que seguía distante del pueblo al que servía e ignorante de su verdadera situación. *La Voz Obrera*, «Órgano defensor de la clase obrera» de Las Palmas de Gran Canaria, emitía el siguiente manifiesto en noviembre de 1931:

Cuando se proclamó la República, el romanticismo revolucionario lanzó a los cuatro vientos las aves de la fantasía. La República iba a resolver todos los problemas. La República iba a ser

42. D. Doreste, «La inversión de lo subversivo», *La Crónica* (Las Palmas de Gran Canaria), 14 de abril de 1932.

43. *Idem*.

44. L. Araquistáin, *Marxismo y socialismo en España*, Barcelona, Fontamara, 1980.

la panacea para todos los males. La República iba a hacer de España un inmenso falansterio, en el cual todos los españoles iban a ser felices. Contra estas fantasías luchamos nosotros, los socialistas. Ya sabíamos y predicábamos que la República iba a ser una República burguesa, una República de tono conservador. Nosotros no caíamos ni podíamos caer en la puerilidad de esperar todo de la República, pues ya estamos acostumbrados a esperar todo exclusivamente de nosotros mismos ⁴⁵.

En muchos municipios canarios la República supuso un simple cambio de nombres en la dirección de la política local y, a veces, ni siquiera estos variaron. Los antiguos caciques liberales, apoyados por el clero reaccionario, tras un breve paso por la Unión Patriótica se incrustaron en la maquinaria de unos partidos creados para perpetuar sus estructuras de poder. Esta situación es la que ha llevado a Millares Cantero a emitir un fatídico juicio, similar al que en su momento hizo Fray Lesco, explicación global del consiguiente desastre de 1936: «La República estaba en la provincia pero la provincia distaba de ser republicana» ⁴⁶.

Desde un primer momento surgieron las divergencias entre los objetivos de las masas y los de los hombres de la clase política. Como indica O. Brito ⁴⁷, los movimientos sociales de base, notablemente distanciados en su organización con respecto a los de la Península, perseguían la abolición del capitalismo y los republicanos y socialistas se empeñaron, entre 1931 y 1936, en

45. J. Quintanilla, «La República y el socialismo», *La Voz Obrera* (Las Palmas de Gran Canaria), 4 de noviembre de 1931.

46. A. Millares Cantero, *La Segunda República y las elecciones en la provincia de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, Colección «Guagua», 1982, p. 30.

47. O. Brito González, *Historia contemporánea: Canarias, 1931-1936. La Segunda República*, Santa Cruz de Tenerife, CCPC, 1989.

fortalecer un estado capitalista. Esta disposición creó una profunda inestabilidad gubernamental y preservó la burocracia estatal, el aparato administrativo, etc. Sin embargo, sí es de recibo reconocer que el gobierno provisional y los gabinetes republicano-socialistas de la etapa 1931-1933 se esforzaron por introducir mejoras en la situación laboral, en la sanidad, en la educación, etc. Todo intento de mejoría fracasó estrepitosamente, lo que concitó las presiones de los sectores populares, cada vez más desencantados ante las expectativas suscitadas por sus dirigentes. También Doreste se lamentó años después de la dirección que había tomado la ineficaz política española: «Nos han dirigido políticos en gran parte de buena fe, pero teóricos y no constructivos, con programas y lemas que sólo tenían una significación literal»⁴⁸.

Fray Lesco concluyó la serie de artículos apelando a don Quijote para que, ante la controvertida situación contemporánea, pusiese a salvo su idealismo y sus buenas intenciones: «¡Mi señor don Quijote!— V. A. ha recorrido todos los campos. Bienvenido sea al campo religioso. Pero por Dios, tenga mayor cuidado con sus costillas» (*ibid.*, IX), invocación que nos hace recordar la condena unamuniana:

*Gobierno de alpargata y de capote
timba, charada, a fin de mes el sueldo,
y apedrear al pobre Don Quijote*⁴⁹.

48. «Conferencia sobre el “Día del plato único”, de don Domingo Doreste, radiada anteanoche», *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria), 15 de noviembre de 1936.

49. *De Fuerteventura a París*, Soneto LXXXIX, 1925.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEMANY, LUIS, *El Teatro en Canarias. Notas para una historia*, Santa Cruz de Tenerife, Organismo Autónomo de Cultura, 1996.
- Anónimo, «Cincuenta años de la Escuela Luján Pérez. Como la soñó su fundador, Domingo Doreste Rodríguez», *El Eco de Canarias* (Las Palmas de Gran Canaria), 10 de marzo de 1968.
- Anónimo, «Conferencia sobre el “Día del plato único”, de don Domingo Doreste, radiada anteanoche», *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria), 15 de noviembre de 1936.
- DORESTE, Domingo, «Ante el régimen. La nueva conciencia y los nuevos escrúpulos», *El Liberal* (Las Palmas de Gran Canaria), 27 de abril de 1931.
- , «Catolicismo específico. Cartas a un católico. I-IX», *El País* (Las Palmas de Gran Canaria), 20 de febrero de 1931-11 de marzo de 1931.
- , «Gran mitin y manifestación del Primero de Mayo. Los trabajadores canarios protestan de su condición de clase oprimida», *Álbum Familiar*, mayo de 1922.
- , «La inversión de lo subversivo», *La Crónica* (Las Palmas de Gran Canaria), 14 de abril de 1932.
- , «Los decoradores del mañana», *La Crónica*, 5 de junio de 1917.
- , «Pureza republicana. Ante las elecciones», *El Liberal*, 17 de junio de 1931.
- , *Crónicas de Fray Lesco*, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1954.

GARCÍA MARTÍN, María del Carmen, «Domingo Doreste y Claudio de la Torre: un diálogo crítico», *Estudios Canarios*, XLIII (1998), pp. 93-122.

RODRÍGUEZ DORESTE, Juan, *Domingo Doreste*, «Fray Lesco» (*La vida y la obra de un humanista canario*), prólogo de Antonio Rumeu de Armas, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1978.

SÁNCHEZ ROBAYNA, A., «Doreste Domingo», en *Gran Enciclopedia Canaria*, tomo V, La Laguna, Ediciones Canarias, 1997, pp. 1319-1320.

VELÁZQUEZ, Juan, «En busca de un humanista», *El Eco de Canarias* (Las Palmas de Gran Canaria), 10 de marzo de 1968.

OTRAS REFERENCIAS

ALAS «CLARÍN», L., «A un libertario (?)», *Vida Nueva*, núm. 76, 19-XI-1899; artículo reproducido íntegramente en el libro de Yvan Lissorgues *Clarín político. I*, Barcelona, Lumen, 1989, pp. 362-365.

ALDEA, Q., T. Marín, y J. Vives, *Diccionario de Historia eclesiástica de España*, Madrid, Instituto Enrique Flórez, 1972.

Anónimo, «Literatura bolchevizante», *El Defensor de Canarias* (Las Palmas de Gran Canaria), 31 de marzo de 1931.

Anónimo, «La Semana Santa y los católicos de Las Palmas», *El Defensor de Canarias*, 30 de marzo de 1931.

Anónimo, «Republicanismo genérico», *El Defensor de Canarias*, 28 de febrero de 1931.

- ARAQUISTÁIN, LUIS, *Marxismo y socialismo en España*, Barcelona, Fontamara, 1980.
- ARBOLEYA, M., *La crisis moral, social y económica del mundo*, Madrid, 1934.
- AZAÑA, M., *Memorias políticas y de guerra*, t. II, Barcelona, Grijalbo, 1980.
- , *Obras completas*, t. II, México, Oasis, 1966.
- B., «Nuestros colaboradores. Temas socialistas. Socialismo y Cristianismo», *El Defensor de Canarias*, 26 de febrero de 1931.
- BAROJA, PÍO, *Humano enigma, Obras completas*, tomo IV, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, pp. 585-691.
- , *Juan Van Halen. El oficial aventurero*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970.
- BRITO GONZÁLEZ, O., *Historia contemporánea: Canarias, 1931-1936. La Segunda República*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1989.
- CUENCA, J. M., *Aproximación a la historia de la Iglesia contemporánea en España*, Madrid, Rialp, 1978.
- DÍAZ-SALAZAR, R., *El capital simbólico. Política y religión en España*, Madrid, Hoac, 1988.
- Editorial, «Notas de la redacción. La generosidad republicana», *El País*, 9 de mayo de 1931.
- Fernando, «El miedo republicano», *El Defensor de Canarias*, 4 de marzo de 1931.
- FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Alianza, 1986.
- MADARIAGA, S. de, *Ensayo de historia contemporánea [1930]*, Buenos Aires, 1964.

- MENÉNDEZ PELAYO, M., «Mr. Masson redimuerto. Segunda contestación a D. Manuel de la Revilla», Edición Nacional de Obras Completas, vol. LVIII, 1953.
- , «Epílogo», *Historia de los heterodoxos españoles*, Edición Nacional de Obras Completas, vol. IV, 1940.
- MILLARES CANTERO, A., *La Segunda República y las elecciones en la provincia de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria, Colección «Guagua», 1982.
- NUEZ CABALLERO, A. de la, *Breve historia de la literatura canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1977.
- NUEZ CABALLERO, S. de la, «La generación de los intelectuales canarios», *El Museo Canario*, núms. 75-76 (1960), pp. 77-107.
- PEIRO, F., *El problema religioso-social de España*, Madrid, Razón y Fe, 1936.
- PELÁEZ VELASCO, A., *Iglesia y Estado*, La Laguna, Imprenta Pacheco, 1932.
- PEÑAFLOR, M., «Madrid. Recordemos...», *El Defensor de Canarias*, 25 de febrero de 1931.
- PLA y DENIEL, E., *Escritos pastorales [Carta Pastoral de 25-VII-1919]*, I, Madrid, 1946.
- QUINTANILLA, J., «La República y el socialismo», *La Voz Obrera* (Las Palmas de Gran Canaria), 4 de noviembre de 1931.
- RUIZ GIMÉNEZ, J., *Iglesia, Estado y Sociedad en España. 1930-1982*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.
- SAINT RIEN, «Para *El Defensor de Canarias*. Necesidad de un diario católico», *El Defensor de Canarias*, 3 de marzo de 1931.
- SÁNCHEZ ROBAYNA, A., «Arte y cultura (Siglos XIX y XX)», en A. de Bethencourt Massieu (ed.), *Historia de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, 1995, pp. 533-585.

SANTOREÑA SETIÉN, A., *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994.

SARABIA, P., *España, ¿es católica?*, Madrid, Perpetuo Socorro, 1939.

TORRES CALVO, Ángel, *Diccionario de textos sociales pontificios*, Madrid, Biblioteca «Fomento Social», 1962.

UBIETO, A., J. Reglá, J. M. Jover, y C. Seco, *Introducción a la Historia de España*, Barcelona, Teide, 1972.

UNAMUNO, M., «Mi religión», artículo aparecido en el diario *La Nación* de Buenos Aires el 9 de diciembre de 1907, y reproducido en *Obras completas. Nuevos ensayos*, III, Madrid, Escelicer, 1966, pp. 259-263.

—, «Palabras de Unamuno. Religión y política», *El País*, 18 de abril de 1931.

—, *En torno al casticismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

—, *La agonía del cristianismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

—, «La mentira religiosa», *Renovación* (Las Palmas de Gran Canaria), 29 de agosto de 1914.

—, *Obras completas*, t. XIV, Madrid, Afrodisio Aguado, 1958.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

En nuestra edición de las *Cartas a un católico* se han subsanado las erratas advertidas en la publicación periodística original, y se ha regularizado el uso de las mayúsculas y las cursivas. Se ha sustituido, además, las fórmulas abreviadas «Vd.» y «Vdes.» por «usted» y «ustedes», más propias de los usos actuales, y se han desarrollado otras abreviaturas. Nuestras notas al texto se recogen al final del volumen.

EL CATOLICISMO ESPECÍFICO.
CARTAS A UN CATÓLICO

I

Querido amigo: Después de mucho conversar no hemos logrado ponernos de acuerdo. Quizá no entraba ello tampoco en nuestras intenciones. Nos hemos deslizado sin sentirlo en lo que pudiéramos llamar «cuestión religiosa», que, quizá con más pujanza que la «cuestión social», late en las inquietudes del momento. El que no se percate de ello está ciego. Y esta clase de ceguera (la suya o la mía inclusive) sólo el tiempo puede sanarla. Mejor dicho, Dios, que no es impaciente.

Se profesa usted católico español, a «machamartillo». No sé lo que propiamente significa esta frase, pero presumo que, aplicada al caso, quiere decir que se trata de un catolicismo remachado a martillazos, inquebrantable, en suma. Lo que me importa, en resolución, es aquilatar el catolicismo de usted; y a ello tiran estas epístolas en que procuraré dar contextura orgánica a las observaciones que le he hecho en nuestra errabunda polémica hablada, poniendo por delante, eso sí, la protesta de mi respeto personal y el reconocimiento de su sinceridad en el modo de actuar su catolicismo.

Catolicismo valiente, por descontado. Arrogante, sería mejor llamarle. Pero no exento de miedo. Perdóneme que se lo repita. En el siglo XVI hubiera usted podido vivir tranquilo. Hoy no gana usted para sustos. No ve usted más que horrores y fantasmas¹. No sólo el bolchevismo, el comunismo, el socialismo y otros ismos le turban el sueño, sino también la democracia y sobre todo, en el momento actual, la República². Detrás de todo ello no acierta usted a ver otra cosa que el caos. Sin guardia civil no podrá usted vivir.

En cualquier algarada, en cualquier cambio de postura, cree

usted ver una alteración del orden. Para usted el orden es el único dogma social. Pero nunca he podido arrancar a usted lo que entiende por orden ³. Cuando se trató de abolir la esclavitud en México ciertas clases sociales (el alto clero entre ellas) insurgieron en nombre del orden. El bajo clero opinaba mayormente de diverso modo; y en la contienda, que tuvo episodios sangrientos, una de las víctimas más simpáticas fue la de un exaltado párroco rural ⁴, partidario, por lo visto, de los «enemigos del orden».

Pero, ¿qué orden quiere usted a todo trance mantener? ¿El de la Justicia, el de la Ley, o simplemente el estatuido? ¿Pero si el orden actual procede, amigo mío, de las sacudidas anteriores, de mil alteraciones del orden! ¿Cree usted, en buena fe, que cuando los pueblos se sacuden lo hacen por el *sport* del desorden? Este miedo de usted me hace recordar el de Simón Pedro, zozobrannte sobre las aguas, que le valió el cariñoso reproche de «hombre de poca fe» en los labios de Cristo. Es un temor de envergadura humana, que no deja margen a la Providencia.

Y este miedo de usted, tan parecido al de Pedro, no se circunscribe a las revueltas sociales. Es sintomático, entre paréntesis, que en otros tiempos, tratándose de errores, se temiera el estrago de las almas, y ahora, más que nada, la convulsión social, el porvenir de la sociedad, como si fuese este el mayor peligro. Este miedo alcanza a otras cosas, a la ciencia, por ejemplo. Desconfía usted de todo hombre de ciencia que no haya hecho previamente una confesión de fe ⁵. Para usted, todo el que se afana en el laboratorio por desentrañar un misterio del universo es un zorro que trata de minar los cimientos del Cristianismo ⁶. Querría usted una ciencia confesional, que no tendría valor precisamente por ser confesional ⁷. El más alto triunfo del Cristianismo es verse a la postre corroborado por la ciencia libre; y si ha habido hombres que se han alzado contra la Religión en nombre de la Ciencia, hay que convenir que no es verdadera ciencia

la suya, precisamente por ser anticonfesional, es decir, confesional a su modo.

A la Historia le exige usted el mismo carácter ⁸. La Historia, para usted, ha de ser una apología de la Iglesia, del Papado, y de todas las instituciones eclesiásticas, en lo que tienen de divinas y de humanas. Recuerda Lanzoni ⁹ que su tío, en la intimidad, solía decir que le daban ganas de quemar la historia.

De Arte más vale no hablar. Para usted el Arte ha de ser no sólo moral, sino moralizante; y la Crítica, una criteriología ética.

Como la mayor parte de los que piensan son para usted enemigos francos o solapados de la Iglesia, la actitud habitual de usted es la de una apologética machacante: defenderse y atacar sin descanso, sin distinguir al enemigo real del imaginario. De ahí las posturas apologético-militares. Para muchos la proclamación de Cristo-Rey ha sido un trámite para proclamarle Emperador. Ya decía el periódico católico, en la ocurrencia de esta nueva festividad de la Iglesia, que había que celebrarla «a lo militar» ¹⁰.

Decía también una vez, dando cuenta de un suicidio, estas o parecidas palabras: «Este (el infeliz suicida) sería uno de esos “valientes” que reputan acto de supremo valor al quitarse la vida». En lugar del comentario piadoso, la estocada apologética al cadáver, como expresión más católica.

Hay quienes «defienden» a Dios quizá sin amarle, como se defiende una ideología, un partido, un pleito de familia. Si le amaran de veras, serían seguramente más pacientes, más benévolos, más comprensivos, y no emplearían invectivas y actitudes que quizá no usaran defendiendo intereses propios. A no ser que ello dependa de un concepto de Dios *sui generis*. Oí una vez en el púlpito de la Catedral que al que está en pecado mortal no le aprovechan las buenas obras, antes bien, le «dañan», por la pésima disposición del espíritu. Y otra vez, en una parroquia, que el pecador no debe pedir a Dios ninguna gracia, porque al «enemigo» no se le ha de pedir nada.

Podrán ser aserciones muy defendibles en teología; pero, francamente, repugnan a mi conciencia ¹¹. Me dan la clave, sin embargo, de ciertas actitudes apologéticas.

Suyo aftmo.,

FRAY LESCO

[*El País*, 20 de febrero de 1931.]

II

LOS NUESTROS

Querido amigo: Perdóneme mis franquezas y que le diga que al catolicismo de usted, hipocondríaco y apocalíptico, sólo le salva la buena fe. El reino de los cielos está, sin duda, abierto también a los hipocondríacos; pero no precisamente por ser tales.

Hay muchos católicos del mismo temperamento de usted. Quizá sea el temperamento lo que los distingue y solidariza. Quizá estemos tratando una sentimentalidad temperamental. Son los que usted llama «los nuestros». Siempre creí que para un católico *los nuestros* serían los hombres de buena voluntad, a quienes el advenimiento de Cristo brindó el don de la paz; todos aquellos que, por no estar contra Cristo, están con Él. Pero por lo visto *los nuestros* son reducción de la humanidad, y una reducción del Catolicismo. *Los nuestros* son católicos, apostólicos, romanos, inquisitoriales y absolutistas, sin ápice de menos. Las cosas hay que llamarlas por sus nombres.

En tiempos en que el carlismo pujaba, flotaba un silogismo o entimema que afligió muchas conciencias, a saber: el liberalismo, el pecado; todos los partidos constitucionales de España son liberales... No se pasaba de ahí. Lo impedía el rubor de proclamar la consecuencia. Pero ésta era evidente. Era de conciencia abrazar la Santa Causa. Esto, aparte de reconocer que el carlismo en política fue la manifestación más robusta de la España contemporánea, como que defendía una política concreta y viva frente a una política aquejada de abstracciones doctrinarias.

Llegó el ocaso del carlismo entre otras causas porque era absurdo empeñar el catolicismo en una contienda sobre la inter-

pretación de la Ley Sálica. Pero la táctica continúa. Consiste en el monopolio del dictado de católico, ejercido por una minoría: tremendo equívoco, preñado de funestísimas consecuencias para la Religión, para la Iglesia y hasta para la Patria. Consiste en dar por sentado, como un apotegma, que la Religión se identifica con un programa más o menos político ¹², en el que se consagran adherencias históricas y entra mucha mercancía de contrabando. Un catolicismo nacionalista ¹³, desprovisto de universalidad.

Valga un ejemplo reciente. En nuestras Universidades se van formando núcleos de «estudiantes católicos». Para los que hemos vivido la camaradería universitaria, la novedad resulta inexplicable. De vez en cuando surgen en las Universidades colisiones y vapuleos. ¿Quiénes son los que reyertan? En un país católico como el nuestro tales escisiones intrauniversitarias, entre jóvenes que comparten los mismos estudios, han de parecer una paradoja. Un extranjero, desconocedor de las quisquillas de casa, habría de preguntar: —¿Pero con quiénes se baten esos católicos? ¿Con judíos, con protestantes, con herejes de armas tomar? No señor: se baten con perros republicanos. Es el colmo del ardor bélico.

Tengo a la vista un documento elocuente, una especie de representación de la Asociación de Estudiantes Católicos del Bachillerato... en Las Palmas. Arrogante, desde luego. Esto ya significa que en nuestra masa escolar se fomentan los dos frentes, es decir, que hay una porción de ella —¿anticatólica? Primera consecuencia, esos jóvenes católicos, muchachos dignísimos, son una minoría. Gracias a estas tácticas los católicos figuran en minoría en todos los rangos. Lo lamentable es que mucha gente llega a creer por ello que el catolicismo es una minoría en España. Por añadidura se les presenta ya como estudiantes ejemplares, frente a «los otros», alborotadores, bullangueros, indisciplinados. El reguerito está, pues, derramado y el terreno preparado a la agresividad. Sobrarán los momentos de mal hu-

mor para que la paz de la escuela se altere y la guerrilla se haga crónica.

Esos jóvenes católicos de acá y de allá debieran representarse como son y llamarse sencillamente monárquicos, dictatoriales o conservadores. Tienen a ello perfecto derecho. Lucharían entonces con armas propias. Pero, ¡ah!, ese dictado de católicos, que no les corresponde exclusivamente, les confiere una patente de campeones de la Religión (*gesta Dei*) y por eso no le abandonan. Se dan con él aires de paladines de una lucha religiosa —¿contra quienes? Contra muchos que quizá practican la religión de sus padres, o que, por lo menos, no se sienten enemigos de ella.

De ahí el segundo equívoco; a saber, que todos los que no son «nuestros» son enemigos, y como a enemigos de la Religión hay que tratarlos. Todos, sin distinción, son, no malos, sino peores. Los sectarios por derecho propio, por así decirlo; los que, sin ser impíos, no acaban de ser nuestros, por una derivación congénita de la lógica de ustedes. Son los que amasan la verdad con el error, la luz con las tinieblas, etcétera, etc., según la fraseología corriente del catolicismo de ustedes. Si a ustedes se les diese el encargo de hacer una estadística del catolicismo, le reducirían numéricamente a bien poca cosa.

Suyo affmo.,

FRAY LESCO

[*El País*, 22 de febrero de 1931.]

III

CONFESIONALISMO SOMATENISTA

Querido amigo: Este monopolio que ustedes se atribuyen del dictado de católicos, y el consiguiente confesionalismo estridente que ustedes practican, ha tenido, como apunté en mi carta anterior, sus escaramuzas serias, y no sé si sangrientas, por más que el río no ha acusado todavía la presencia de sangre de martirio. Pero tiene también sus notas cómicas. En Barcelona recuerdo que hubo (no sé si subsisten) hasta «barberías católicas».

Sin duda los maestros obtenían de antemano el *nihil obstat* de algún cliente teólogo. A pesar del mote dudo que «los nuestros» tomaran en serio el arte de afeitar ortodoxo, ejercido por fígaros tan confesionales. No se olvide que aquí hemos presenciado también el descubrimiento de un barítono católico.

Un hebreo bajaba de Jerusalén a Jericó y en el camino le saltaron unos bandoleros y le dejaron maltrecho y herido en el suelo. Pasó un sacerdote, le miró pero no se le acercó para evitar contactos inmundos. Pasó un levita, un guardián del templo y tampoco atendió al desgraciado. Pasó al fin un samaritano, hombre de otra confesión religiosa detestable a los ojos de los buenos judíos y se mueve a piedad. Y sin distinguir si el caído era circunciso o incircunciso, le curó las heridas, le atravesó sobre su cabalgadura, lo llevó a una hostería y encomendó al dueño que lo cuidase, prometiéndole pagar todos los gastos. Tal es, abreviada, la parábola del Buen Samaritano, una de las más elocuentes que pronunciara Jesús. Y fue dicha en contestación a

una pregunta de un doctor de la Ley, que le demandaba una regla de conducta.

Este samaritano, de «malas ideas», fue propuesto por Jesús como un ejemplo. Pero las enseñanzas del Evangelio se oyen demasiado lejos en estas nuestras andanzas. A veces se las olvida.

La convicción de nuestra fe nos obliga a confesar a Cristo habitualmente con nuestra conducta; en alta voz cuando la prudencia lo aconseja. Pero esta actitud del verdadero cristiano poco tiene que ver con ese confesionalismo empachoso que empieza por definirse a sí mismo, y por ende a «deslindar campos» y a lanzar excomuniones con arreglo a su criterio. Dentro de él todo se dogmatiza ¹⁴. Tiene un programa y sigue una pauta. A los correligionarios, dicho se está, se les alaba sin tasa (hay que oír las lisonjas del periódico católico cuando da cuenta de un sermón o un discursito de los del gremio). A los contrarios, por lo común, se les denuesta, sistemáticamente, como si fuera un deber, o se les hace el vacío ¹⁵.

Tiene, en resolución, la contextura de un partido político. Copia fielmente la constitución del partido de enfrente. En España, el radical (teólogo al revés lo llamó Clarín¹⁶) y el reaccionario son tipos psicológicamente idénticos. Piensan sin libertad tiranizados por sus dogmas. De ahí la monotonía de la Prensa extrema. Basta leer los títulos de sus artículos para darnos por enterados de su contenido.

Néstor Hello, autor nada repudiable para un crítico extremista, en un soberbio paralelo entre el hombre superior y el hombre mediocre, dice de éste: «en sus juicios, lo mismo que en su proceder, toma lo convencional por realidad, encarece solamente lo que encuentra encasillado, condena lo que escapa a sus definiciones, a sus categorías conocidas; le asusta la maravilla y no acercándose jamás al terrible misterio de la vida, evita las montañas y los abismos a donde la vida invita a sus amigos».

He aquí la cifra psicológica del partido político y del confesionalismo hecho a su imagen y semejanza.

Confesionalismo ansioso de que se presente ocasión de disparar el mosquete ¹⁷.

Suyo affmo.,

FRAY LESCO

[*El País*, 24 de febrero de 1931.]

IV

TIPOS REPRESENTATIVOS

Querido amigo: Ya que he apuntado a la Psicología hablando de partidos políticos, permítame un paréntesis de observación psicológica de algunos tipos representativos.

Conocí a un señor, excelente en el fondo, incapaz de hacer el mal espontáneamente. Católico de cuerpo entero, por añadidura. Pero había en él una doble personalidad. Sin esta clave no se lograba conocerle.

Decía un isleño (permítaseme esta anécdota local) de un secretario de Ayuntamiento de esta isla, persona benevolísima, que, a pesar de sus prendas, detrás del tintero de su despacho era hombre que hacía temblar. La agudeza isleña encontró la frase justa, que yo nunca hubiera acertado.

Aquel señor ejercía autoridad. Y valga de él otra anécdota, entre otras análogas de su vida oficial. Una vez recibió de un funcionario superior una solicitud en papel cuyo timbre no era el adecuado. Había de reintegrar por valor de unos céntimos. Se le ofrecían naturalmente tres soluciones. Pagar de su bolsillo el reintegro (solución generosa); devolver el escrito al interesado confidencialmente para que lo hiciera él (solución humana); denunciar el fraude a la Hacienda (solución legal). Optó por esta última, dando lugar a la formación de un expediente que había de rematarse con la imposición de una multa.

Recuerdo otro caso. Un jurado trataba de dictar un veredicto en un juicio oral por expedición de un billete falso. Consistía el hecho en haberse intentado cambiar el billete en varios establecimientos. El procesado era un joven de buenos antece-

dentés. En el jurado llevaba la voz cantante una persona intachable, un católico estrecho, a machamartillo. Su opinión se impuso, y el Tribunal hubo de apreciar un cúmulo de delitos y condenó a una pena exorbitante.

Olvidose el jurado, en tal ocasión, de que representaba la Equidad, es decir, la templanza de la Ley. Olvidose de su específica misión, la de evitar la *summa injuria*, consecuencia de la aplicación del *summum jus*. La perspicacia jurídica de los romanos nos legó el sapientísimo aforismo. De pasada podríamos preguntarnos si acaso la aversión de ciertos espíritus a la institución del Jurado procederá de una nativa aversión a la Equidad.

Este criterio radical en la aplicación de las leyes resalta, naturalmente, más en los encargados de ejecutarlas. Imaginemos los extremos a los que puede llegar un abogado del Estado, pongo por caso, partidario del *summum jus*.

Summum jus, empacho de legalidad, idolatría de la letra de Ley, de la letra, que es la que mata¹⁸: es el ideal de Justicia para muchos espíritus. Muchas veces me pregunto cómo ciertas almas religiosas reputan este criterio como el colmo de la rectitud. Y trato de explicármelo. Pienso que tienen un concepto externo de la Ley y del Deber. Los conciben, no como una norma externa, impuesta por el legislador. No son capaces de concebir que la Ley, ¡obra humana, en fin!, pueda ponerse en ciertos casos en contradicción con su espíritu, y que es la conciencia la que, en resolución, ha de restablecer la justicia¹⁹. Son, para hablar en términos modernos, meramente trascendentalistas sin mácula de inmanentismo. Detrás del simbólico tintero se convierten en hombres formidables.

Este formalismo (que no trató el Padre Albino²⁰ en su conferencia) los lleva a consecuencias extremas. Hoy aplauden el automatismo con que la Policía dispara sobre la multitud que por un momento se ha puesto fuera de la Ley. Ayer, seguramente, alabaron la inflexibilidad de la mano que oprimió el botón para torpedear al «Lusitania»²¹. La Ley ha de cumplirse. Es,

ante todo, ordenanza. Recuerdo aquel conde de Francia, general de la Guerra Carlista, que pinta Baroja en una de sus novelas*, tipo ultraordenancista, que en la intimidad escarnece sarcásticamente su ferocidad legalista.

El legalista y el leguleyo son los enemigos de la Ley. No es extraño que el legalista sea, en religión, intransigente. ¡Cosa rara! Es la única virtud que tiene por contraria otra virtud: la tolerancia. ¡Mucho cuidado! Es posible que al volver la esquina tope-mos con el fariseísmo.

Suyo affmo..

FRAY LESCO

[*El País*, 26 de febrero de 1931.]

* *Enigma humano*, si no estoy equivocado ²².

EL SOCIALISMO

Querido amigo: A nadie sorprenderá que se diga que el marxismo ha perdido su valor científico, y que más bien maravilla que haya podido atribuírsele nunca la consideración de una teoría científica²³. En Economía, su teoría del valor ha sido desechada. En Filosofía, parte la realidad en dos: estructura social (económica); superestructura (Estado, Religión, Moral, Derecho, etc.): apariencia y realidad: fenómeno y monumento, que diría un filósofo. En Historia, la explicación de los acontecimientos por un ritmo y un resorte materialistas, cuando hoy se tiende a espiritualizar la Historia, a reconocer que los motivos humanos fuertemente impulsores son éticos y religiosos²⁴.

A estos puntos puede reducirse la crítica que se ha hecho y sigue haciéndose del marxismo. Y algo más se objeta. Este abstracto *homo economicus* no responde al hombre real. La socialización de los medios de producción no es tampoco un ideal igualatorio, sino más bien un deseo del obrero de apropiárselos, de hacerlos «suyos». El obrero no tiende tanto a destruir la burguesía, como a acercar su condición a la del burgués. De donde la llamada lucha de clases es más aparential que efectiva²⁵. Es, en el fondo, lucha del hombre con un sistema económico. Ya ve usted que convenimos en repudiar el marxismo por su falta de contenido moral y religioso²⁶. ¡Cuán cierto resulta que no de sólo pan vive el hombre!

Y sin embargo, el socialismo subsiste y sobrevive con el lastre teórico del marxismo, aunque un tanto a la defensiva. Los necesitados empiezan por pedir pan y bienestar. Después cla-

man por otras cosas. El marxismo ha ejercido en las masas una dictadura dogmática²⁷, y habría que luchar con él siquiera por esta especial tiranía. No conozco tipos menos libres, más condenados a la inmovilidad del pensamiento, que los que han aceptado el marxismo por entero, sin un resabio de crítica. Pero todo tiene su explicación. El marxismo fue un arma de combate, y había que esgrimirla; una síntesis doctrinal, y había que asirse a ella. Ya que no valor científico, ha tenido una formidable eficacia político-práctica²⁸.

Hasta aquí creo que seguimos también de acuerdo. En adelante quizá disintamos. Porque usted persiste en condenar el error en bloque, sin tomarse la molestia de estudiar sus motivos, *su substratum*, su vitalidad, en suma.

Dícese de San Agustín —¡tan belicoso, y también tan comprensivo con los herejes de su tiempo!— que a ellos debió sus pensamientos más originales.

Usted huye de toda contaminación. ¿Eres marxista?, piensa usted del socialismo; pues eres vituperable por todos los costados. Y son vituperables tus huelgas, tu jornada de ocho horas, tu retiro obrero, tus sindicatos, tu caja de ahorro... Es verdad que ya no se piensa así y que la repulsa no es tan ametralladora; ¡bueno fuera! Pero así se ha pensado, y basta.

Hace años trataba un buen padre en un púlpito * de la cuestión social, y recomendaba a los obreros una recetita muy práctica. Nada de sindicación, nada de solidaridad con los demás obreros. Trabajar por su cuenta y honradamente. Así lo había hecho en Barcelona un obrero a quien conoció, y le iba de perlas. No le faltaba trabajo «al muy cuco». Había resuelto la cuestión «individual». En cuanto a la cuestión «social», a los demás que se las entendieran. No creía seguramente en ella el buen padre poseedor del secreto.

* En nuestra Catedral.

Aún vibra en los púlpitos y en la mayor parte de nuestra Prensa Católica el toque a Somatén, las algaradas contra el bloque del Socialismo ²⁹. Recuerdo haber escrito algunos artículos a propósito de ello. Me trataron de satánico. Y lo que pedía, en sustancia, no era sino un poco de comprensión, un esclarecimiento en las ideas, que a nadie puede parecer perjudicial. Porque padecen ustedes, respecto del socialismo, una ceguera voluntaria. No se ha querido ver el fondo de justicia social que encierra, su verdadera alma; no se ha sentido la palpitación trágica de la masa desheredada ³⁰ —¡por tanto tiempo!— a la fluctuación económica, como mercancía sujeta a oferta y demanda, al salario mínimo equivalente, por ley implacable del capitalismo, al mínimo coste de la vida, a lo indispensable para no morir.

Y si al hombre se le reconoce el derecho de reaccionar contra la fatalidad física, y contra toda fatalidad adversa (y en esto consisten la civilización y el progreso), ¿por qué se le ha de negar el de reaccionar contra la fatalidad económica? ¿Por qué se le ha de recomendar como remedio heroico —¡demasiado heroico!— el opio de la resignación?

Suyo afectísimo,

FRAY LESCO

[*El País*, 28 de febrero de 1931.]

VI

S.M. EL PROPIETARIO

Querido amigo: La actitud de ustedes frente al Socialismo se quería justificar invocando al santo principio de la propiedad, pero entendida ésta en el más rudo sentido romano. Toda audacia se condenó como atentatoria al derecho de propiedad, en primer término, y también como atentatoria al orden ³¹. Los obreros, a los que no cabe pedir un perspicaz discernimiento, llegaron a ver en la Religión, cuando menos, un estorbo, en la Iglesia una gendarmería de los ricos, una aliada de los capitalistas. Con este triste equívoco hemos vivido. La conducta de los católicos empujó a los obreros al Socialismo ³². Crudo es confesarlo, pero es verdad. No pasaron ustedes de recomendar la Caridad. ¿La de los ricos? No se escandalice usted ni nadie. La Caridad no basta.

Ahora se duelen ustedes de la general apostasía de la clase obrera ³³, de que el trabajador vuelva la espalda al sacerdote; al sacerdote que debió comprender desde el principio, con alto sentido de la Caridad, que lo eterno es el mandamiento —no hurtarás, no te apropiarás lo que es «legítimamente» de otro—, pero que las formas y los límites de la propiedad son, como todo lo humano, esencialmente mudables. Ha sido necesario que lo diga el Papa (ya lo había dicho antes Achille Ratti ³⁴) para que hayan caído algunas vendas. Ha sido necesaria toda la lección histórica de casi un siglo para que los católicos hayan caído en la cuenta y se hayan decidido también a hacer socialismo. (Socialismo católico ³⁵: hasta el nombre lo han tomado.)

Socialismo que usted pondera y alaba, pero con una apre-

ciación y una reserva muy suyas; porque cree usted que es «anti-socialismo». Es opinión generalizada en España, donde todavía no se acierta a ver claro en estas cuestiones. Opinión errónea, porque este socialismo católico no es tan confesional como usted cree; es más bien una depuración del socialismo marxista que no predica, por cierto, la resignación, que es francamente reivindicatorio, aunque contenido en normas éticas y religiosas; un socialismo que va dando sus frutos sorprendentes, tomando como finalidad el bienestar del obrero, sin retos confesionalistas, antes bien entendiéndose fácilmente con el socialismo de otra marca, porque ambos sienten un común anhelo de justicia. Esto es comprensión y a ella se ha llegado abandonando prejuicios que nunca debieron defenderse.

¿Hemos llegado en España a esta magnánima comprensión? Terminaremos con un ejemplo. Goza de gran difusión entre nosotros una colección de novelas bajo la denominación de Biblioteca Patria³⁶. Pertenece a esa categoría de arte, no ya moral, sino moralizante, que malhumoraba al insigne católico don Marcelino Menéndez Pelayo³⁷. Pudiéramos perdonar a sus fundadores este falseamiento del arte en obsequio a su buena intención.

Lo imperdonable es otra cosa. Al frente de una de sus novelas (y no sé si se repite en las demás) he leído con estupor esta recomendación que transcribo:

¡Oh, la influencia social de la novela!

Es la novela el género literario más apto para la propaganda de las ideas. El novelista preparó no pocas veces las grandes revoluciones de los pueblos. En nuestros días, la novela rusa —desgraciadamente extendida por España— había preparado la revolución comunista de aquel imperio, hoy en completa descomposición.

La novela española puede ser aquí firme baluarte del derecho cristiano «si los actuales poseedores de la riqueza», en cual-

quier grado, le prestan su decidido concurso por instinto de conservación.

El Patronato Social de Buenas Lecturas, con su Biblioteca Patria, de Cultura Popular, levanta en alto su bandera y llama a «cuantos tienen algo que perder» a cobijarse a su sombra salvadora. ¡Quiera Dios que ninguno de los «llamados» falte a la cita, para «su bien» y el de la raza hispanoamericana!

Hasta aquí el proemio de la novela. Lo firma Juan de Dios T. Avisa. ¡Te avisa! Entendido.

Ya ve usted, querido amigo, que no fantaseo. No se llama a los hombres de buena voluntad para que cooperen desinteresadamente a la obra cristiana. Se apela al instinto de conservación de los ricos, garantizándoles la tranquilidad en el goce de la riqueza. Hondas reflexiones sugieren aquellas líneas, que parecen seriamente meditadas. No quiero apurarlas por no alargar esta carta. Pero, en suma, demuestran que para ustedes el orden estatuido es lo primero. La religión es un baluarte.

Aparte de ello encierran un error histórico —¡tan común en ustedes! Suponer que un escritor, aunque sea ruso, se pone a escribir una novela, no para hacer una obra de arte, sino para preparar una revolución, es de una inocencia encantadora. ¿No es lógico reconocer que una novela rusa es hija de la revolución, o más propiamente del espíritu revolucionario de aquel pueblo? ¡Siempre la idea fija de que se escribe con una segunda intención demoleadora!³⁸

Suyo affmo.

FRAY LESCO

P. S. Un escritor que se firma con iniciales (siento no recordarlas), y que suele cultivar el género serio-chusse, decía hace algunas semanas en el periódico católico, en nombre de la Moral, poco más o menos: que el socialismo debía ya «sobreseer», como diríamos en términos curialescos, en sus procedimientos,

porque habiendo cedido el capitalismo toda la línea, el «insistir» resulta reprobable. Quiere esto decir, si no me equivoco, que ante un capitalismo amansado, la organización obrera debe disolverse, a la manera como se liquida una sociedad que ha acabado su negocio. Aparte de que con ello se reconoce en cierta manera la justicia «pasada» del socialismo, vea usted cómo persiste, bajo formas más disimuladas, la vieja mentalidad. En cambio, hace unos tres meses, el arzobispo de Praga descargaba las más tremendas maldiciones de la Biblia sobre el capitalismo «actual»³⁹.

[*El País*, 3 de marzo de 1931.]

VII

LA DEMOCRACIA

Querido amigo: No creo que a usted se le haya ocurrido nunca atribuir a la Iglesia una doctrina política, por más que en la manera de pensar de usted parece entreverse que admita formas políticas más aceptables para un católico que otras. La Iglesia no profesó nunca una doctrina política, por más que en la manera de pensar de usted parece entreverse que admita formas más aceptables para un católico que otras. La Iglesia no profesó nunca una doctrina política, sino, como es natural, ético-política. Al resurgir el aristotelismo con su concepto de Estado como una realidad natural, claro es que el filósofo cristiano hubo de interpretar el Estado como naturaleza también creada por Dios. No sentaba con ello ni confusión ni dependencia entre la Iglesia y el Estado; antes bien, una neta separación especulativa entre ambas potestades: separación, no síntesis. Dicho se está que en la práctica, y por la limitación humana, sus relaciones recíprocas han sido siempre inestables⁴⁰. Hay quien asevera que la Historia se reduce fundamentalmente a una lucha entre el poder civil y el eclesiástico, entre iglesias y estados.

La respuesta de Jesús a los fariseos, «Dad al César lo que es del César», ¿es acaso una consagración del poder civil? Tal vez no. Parece más bien la afirmación o recomendación de una evangélica indiferencia en las luchas por conquistar el Poder. La vitalidad social del Cristianismo consiste en su autonomía frente a toda constitución social, lo que no arguye, por cierto, la abstención de toda intervención en política, en la que el cristiano, como en todas las manifestaciones de la vida, debe observar una nor-

ma de conducta, máxime en tiempos como los nuestros de intervención del pueblo en el gobierno ⁴¹.

O séase la Democracia, palabra que también ha alarmado a ustedes, los católicos a machamartillo. Para ustedes, un paréntesis de dictadura en estos tiempos es un alivio, un respiro ⁴². No se reñatan de proclamarlo. La censura gubernamental es una medida que siempre reciben con alborozo, aunque insinceramente la defiendan como medida transitoria. Sienten ustedes nostalgia del pasado, e idealizan, más que la innovación, la restauración. Parecen fanáticos de la historia, y en realidad pugnan con el sentido de la historia, que empieza por aceptar el postulado de que la historia no se repite ni se estaciona, aunque ha de tomarse como antecedente ideal para enlazar los dos momentos extremos de la vida, el pasado y el porvenir.

Así lo han demostrado ustedes con motivo del advenimiento de la Dictadura en España. Mostraban ustedes una franca animosidad contra el parlamentarismo y demás corruptelas de la vieja política, porque todo ello les parecía una superchería, es decir, porque no representaba la voluntad popular. En una palabra, porque no era perfectamente democrático; lo que supone un reconocimiento virtual de la democracia. Dejando aparte los motivos íntimos de la Dictadura (de los que la Historia hará la natural depuración ⁴³), tenían ustedes la razón, como la teníamos todos.

Lo acertado hubiera sido, pues, tomar la Dictadura como nos la presentó su principal factor, Primo de Rivera: como breve intervalo de purificación y de preparación para instaurar más sinceramente la democracia. Pero sestearon ustedes en el camino, y la tomaron como un gobierno deseable, y poco menos que definitivo. Pongamos aquí nuestras tiendas, se dijeron, porque se está muy bien. No se les alcanzó siquiera la imposibilidad de su permanencia. Si en lugar de estabilizarla hubieran ustedes cooperado a abreviar su misión circunstancial, la posición actual de ustedes hubiera sido más honesta y menos difícil ⁴⁴. En

cambio atizaron contra ustedes las pasiones de la post-dictadura.

Pensaron con lógica democrática, y obraron con práctica resabiada de absolutismo. Estas hipocresías, en política, se vuelven inexorablemente contra los que las acarician, como ha sucedido a los antiguos políticos. No es lícito jugar a la democracia. Siendo demócratas, hay que serlo de una vez y por entero. —¿Y por qué no ha de serlo un católico?—. Un católico puede (quizá deba) aceptar sin reservas las formas políticas que le ofrecen los tiempos; y no por ir con los tiempos, sino por lo que pudiéramos llamar prudente convicción histórica ⁴⁵. Y debe defender, si es necesario, la democracia de sus corruptores, a fin de no dar lugar a gobierno de clase. Para el católico el mal no radica ni en la democracia, ni en el nacionalismo, ni en el imperialismo, sino en todo poder que no conozca su limitación: en la tiranía, sea cual sea su apariencia y su abolengo.

Pero la materia es demasiado fértil, y rebasa los límites periodísticos de una carta. En la próxima habré de resumirla.

Suyo affmo.,

FRAY LESCO

[*El País*, 5 de marzo de 1931.]

VIII

LA POLÍTICA

Querido amigo: Su desconfianza de la democracia se cifra ahora en horror a la República. Si Dios permite que se instaure en España, ¿cuál sería la actitud de ustedes? ¿Renovarían, acaso, las campañas de la Action Française? ¿Olvidarían que fue condenada por el Papa? ¿No sería más cristiano prevenirse a aceptarla con indiferencia evangélica, y con fe ciega en la fortaleza de nuestra religión? —Ah!— Temen ustedes que les falte la tutela del poder, una tutela que, después de todo, está en tela de juicio. ¡Funesto empeño este de fiar en falsas tutelas! —¡Mezquina fe en la vitalidad de la religión que se profesa!— Quieren ustedes garantizar su vida religiosa en una Compañía de Seguros que se llama Estado, quizá Monarquía. Rehúyen el campo de la lucha, donde tal vez se templen mejor las armas espirituales.

¿Incomprensión? —Un amigo mío, profesor de una universidad española, asistió no hace muchos años a un congreso católico que se celebraba en Alemania. Estando en un velador del *buffet* departiendo con otros españoles, se les acercó un prelado alemán y les hizo mil preguntas interesantes sobre España, por la que manifestaba gran admiración, un tanto compasiva. Y acabó por preguntarles: pero el clero ¿continúa tan ignorante y tan incomprometido?

La duda del prelado alemán es justa, pero no sería justo generalizarla. Es verdad que parte de nuestro clero vocea todavía en los adarves su vieja cruzada de intransigencia a la española, y que hay obispos de afirmación monárquica y hasta religiosos dispuestos a hacer guardias corpus, como ahora se dice.

Pero también es verdad que hay una excepción en el clero español que medita en silencio, en un silencio que no es mudo, sino elocuente, impuesto por mil motivos circunstanciales. Esta minoría selecta no acaba de aceptar los *ritornellos* habituales de la llamada prensa católica ⁴⁶. No cree, por ejemplo, que las conmociones políticas se deban a cuatro desalmados, aunque en ellas medien desalmados, aunque se perpetren en las revueltas inevitables desmanes, aunque el sectarismo antirreligioso se aproveche de las turbulencias. Comprende que el repudio de ustedes a las instituciones democráticas insinúa en los pueblos la convicción de que la antidemocrática es la Iglesia. La frase de Gambetta ⁴⁷, «El clericalismo, he ahí el enemigo», fue un tópico declamatorio; pero tiene explicación.

La actitud de ustedes en política, si la juzgamos con un criterio actual, nos hace temer que a la vuelta de la esquina podemos también topar con un nacionalismo a lo Hitler o a lo Maurras. En el tablero de la política, gozan ustedes de indiscutible derecho de pensar como piensan. En la psicología del político tiene tanto valor la convicción como la sentimentalidad. Hay un lirismo político, siempre respetable, como no sea fantástico. Sienten ustedes sus ideales políticos cordialmente. No me canso de ponderar su buena fe, su inmensa buena fe. Pero tampoco me canso de repetir que el inmenso error consiste en identificar el catolicismo con la ideología total de ustedes, en atribuirse la representación de un catolicismo que ustedes diputan altavoz de la Iglesia.

Mientras las manifestaciones del catolicismo a machamartillo se limitan a criterios políticos, económicos o sociales, la armonía no peligra. Temo convertir este tema en cantinela. Después de todo no ha de confundirse el catolicismo (sistema de religiosidad práctica) con la visión católica del mundo (sistema de conocimientos). En esta visión y consideración se ofrece materia a legítimas divergencias. Lo malo empieza en el empeño de imponer un orden de areaciones [*sic*] como inherentes al catolicismo,

como especie de dogmas marginales, como garantías de mayor pureza de la religión. ¡Cuántas angustias han levantado estas actitudes en los corazones! ¡Cuántos cismas en las conciencias! Errores pueden surgir siempre que se trate de interpretar el catolicismo como metafísica. Pero no es admisible improvisar con ellos una ortodoxia.

Quizá lo más práctico para el catolicismo en España sería hoy educar una juventud para la república —perdone usted este herético atrevimiento—, una juventud sinceramente democrática y religiosa, no manipulada, ciertamente, por el sacerdote. Al que esté dotado de ancha visión política no le parecerá tan absurda la idea.

Cuando nuestros amigos —tal vez nuestros propios hijos— nos objetan la incompatibilidad de la Iglesia y del Siglo, la actitud de ustedes nos pone en la imposibilidad de convencerlos con argumentos prácticos. Son ustedes de una ejemplaridad aterradora, que empuja a la juventud a la apostasía, a la manera como se empujó antes a la irreligión a la masa obrera. Razón tiene Unamuno cuando se queja de que estos criterios, más que conservadores, son demoleedores. Demoleedores de la Religión en primer término.

Suyo affmo.,

FRAY LESCO

[*El País*, 10 de marzo de 1931.]

IX

LAS FRASES ACUÑADAS

Querido amigo: Quisiera hablarle en la presente de estas frases corrientes e imeditadas que recibimos y usamos a cada paso como expresiones insuperables y que encubren hipérbolos engañosas, propensas, a mi parecer, a error. Creo que es conveniente someter a cierta revisión nuestros conceptos habituales, y hasta nuestro lenguaje usual, porque pueden llevarnos a donde no queremos llegar. Claro es que he de referirme a las frases más o menos gallardas que campan en la literatura católica, púlpitos inclusives.

Las malas ideas. Las ideas informan los actos. Consulto un tratado de Psicología, de mi confianza (no de esos que repiten la vieja doctrina apriorística de las facultades del alma), y me convengo de que así es, mientras no se demuestre lo contrario. Las malas ideas, ¿determinan los actos reprobables?, ¿la mala conducta se debe a las malas ideas? Yo me atrevo a deducir a la ligera esta consecuencia, y me propongo en forma interrogativa la cuestión, que de esta manera se transporta de la Psicología a la moral. Ello indica ya que el problema puede mudar de especie.

Pero me permitiré algunas consideraciones sobre el uso que por lo común se hace de la frase. Una señora piadosa se asombraba de que un funcionario, muy católico, es decir, de buenas ideas, hubiera sido capaz de malversar ciertos fondos públicos. Tenía mucha razón, aunque pecase de ingenua. Lógicamente, la buena señora se admirará a diario de que las personas de «malas ideas» (incrédulos, sectarios, indiferentes, ateos, confesos o

inconfesos, etc.), «puedan» hacer buenas obras y mucho más si alcanzan el heroísmo.

¿Delinque, en resumidas cuentas, el pensamiento? ⁴⁸ Sobre esto nos dejó una incurable duda al padre Albino en su conferencia del Pérez Galdós. Bien es verdad que para explicar aquellas paradojas admitía el ilustre conferenciante la facultad de «inhibirse» de la voluntad, es decir que el querer puede ser como una excepción del pensar. Pero esto, lejos de aclarar, puede aumentar la confusión, porque de ello parece deducirse, en resolución, que es la voluntad la única delincuente posible.

Pero dejemos estas cavilaciones que me han entretenido demasiado y que quizá sean poco adecuadas a la naturaleza de esta conversación. Si de ellas se infiere que hay una falta de lógica en la conducta humana, bendigámosla, puesto que permite que una persona de malas ideas pueda ser un dechado de honradez. Lo que me importa revelar es la dialéctica de estas otras personas que no se limitan a asombrarse, como la buena señora, sino que juzgan de primera intención al prójimo por «sus ideas», y tal vez no inhiben su voluntad de este juicio sumario, en sus relaciones con el prójimo, que tal puede ser, en resumen, la psicología de la intolerancia.

Ad majorem... ⁴⁹ Me refiero al *A.M.D.G.* mal entendido. En lo más santo cabe el extravío. Trataré de dar plasticidad a mi idea con una parábola, que quizá le parezca tonta.

Una madre de familia, pobre, acude a diario a un establecimiento de institución católica, «La Gota de Leche», donde obtiene alimento para su hijo. Hay en la localidad otro establecimiento análogo, institución socialista, pongamos por caso, para socorro de familias obreras. A la vuelta de algún tiempo la madre cae en la cuenta de que en la institución católica se descuida la calidad de la leche, y que en cambio [pide] que cumpla sus deberes religiosos (*A.M.D.G.*) y que asista a procesiones y actos del culto [*sic*]. La buena mujer, burlando las nobilísimas intenciones de

sus dispensadores, se decide a acudir al establecimiento de enfrente.

¿Ha hecho bien? ¿Han obrado igualmente bien los directores de la institución católica dando a una institución benéfica una segunda finalidad, de orden espiritual? Tengo entendido que esta clase de deserciones ha desnutrido considerablemente muchas instituciones católico-sociales de España.

«Nunca fue grande nuestra patria sino cuando tuvo fe.» Es una verdad innegable, pero de orden histórico. Irlanda, en cambio, ha sido desgraciada con toda su fe. Pueblos de escasa fe han sido y son poderosísimos. Cuando oigo repetir en los púlpitos este lugar común me pregunto: ¿pero no caerán en la cuenta de que este mismo argumento se lo repiten, con igual razón, los santones a los mahometanos? Ponderar la fe como coautora de una grandeza política me parece un tanto depresivo para la fe⁵⁰. Y achacar la decadencia a la falta de fe, un engañoso, aunque bien intencionado, diversivo.

«La católica España...» —No seré yo el que dude de la vitalidad católica de mi patria. A través de los juicios de ustedes, como he repetido en estas cartas, sí que cabe pensar si el catolicismo de España es más bien aparential, ya que sólo el de ustedes, que son minoría, es genuino y verdadero.

Ahora bien, se sigue repitiendo la frase: «la católica España...» Es frase que podemos malversar en dos sentidos, en daño de la verdad. Primero, suponiendo que nuestra patria goza, no ya de un cierto relieve, sino de una privanza en la Iglesia, y que es depositaria, como ningún otro pueblo, de la pureza de la fe. Esto equivale a acariciar la idea de una religión de raza⁵¹, tan propensa a tomar cuerpo en momentos de exaltación nacionalista, y tan depresiva para el Cristianismo. La frase, en este sentido, puede ser tan peligrosa como lo ha sido en Francia el *gesta Dei per francos*.

Si la frase se toma en el más modesto sentido de que en ningún pueblo se dan las expresiones católicas que en España,

también hay que andar con cautela, pues cabe dudar si las manifestaciones externas corresponden siempre en nuestro pueblo a una efectiva religiosidad. Hay evidentemente en ella sobra de emblemas y de estandartes ⁵². —¿Obras de eficacia social, moderna?— Durante la Dictadura se dio el caso, mejor dicho, la sorpresa, de una innovación en el sistema electoral: el voto corporativo. Con tal ocasión quedó a descubierto la pobreza corporativa de nuestro catolicismo militante (de Acción Católica ⁵³, nada menos).

Mientras tanto, nuestro viejo católico a machamartillo se organiza, disfrazado de legionario, para repartir mandobles por las calles. Le acompañan las furias que pisotean la mala prensa en el arroyo. Se ha hecho mitinesco y feminista.

¡Mi señor don Quijote! V.A. ha recorrido todos los campos. Bienvenido sea al campo religioso. Pero, por Dios, tenga mayor cuidado con sus costillas.

Suyo affmo.,

FRAY LESCO

P. E. La gripe me obliga a interrumpir estas cartas, y a repensar mejor lo que me queda por decir. Quizá he abusado en ellas del tono polémico (desgraciada tendencia de mi temperamento periodístico). Procuraré enmendarme y, mientras tanto, cariñosamente... *au revoir*. *

FR. L.

[*El País*, 11 de marzo de 1931.]

* Una omisión.

En la anterior «Carta a un católico», de nuestro querido colaborador «Fray Lesco», se omitió por defecto de ajuste una nota que decía:

«Cuando yo estudiaba en Salamanca algunos padres de los que regían el Seminario recomendaban a sus hijos de confesión que rogaran por la conversión de León XIII».

NOTAS

1. El periódico católico considera de igual forma que los republicanos viven «obsesionados por el temor a los supuestos legionarios y leyes de fugas» y «se dan a temblar como unas mujerzuelas con la sombra de las persecuciones que imagina y que nadie trama contra ellos». Para los católicos a *machamartillo* «este temor de los republicanos es verdaderamente sintomático y revelador de la altura de nuestros revolucionarios» (Fernando, «El miedo republicano», *El Defensor de Canarias*, 4 de marzo de 1931).

2. Fray Lesco no hizo sino materializar en palabras la orientación que había tomado la política en nuestro país desde que en enero de 1930 dimitiera Miguel Primo de Rivera. El 12 de abril, apenas un mes después de la publicación de la primera de las «Cartas», se celebraron unas elecciones municipales que reflejaron el ascenso de la Conjunción republicano-socialista en la capital de la provincia oriental: 23 concejales monárquicos frente a 16 federales y socialistas. En las «generales» a las Cortes del 28 de junio de 1931 la victoria fue para la izquierda, aunque la República se había proclamado en España desde el 14 de abril. Los monárquicos veían en este sistema político el desorden, la orfandad de la nación, la pérdida de prestigio y lustre del país.

3. Como respuesta a la primera de las «Cartas», *El Defensor de Canarias* transcribió el 26 de febrero de 1931 un artículo publicado en *La Idea* de Valencia. El escrito lleva por título «El orden», que aparece definido como «el juego armónico de relaciones jurídicas, en virtud de las cuales, una variedad política desenvuelve todas sus actividades, deseos y deberes en forma práctica y ordenada (...). La definición es clara y sencilla; “el orden” es la ley, y el desorden, lo que cae fuera de ella; en régimen normal, la ley es el Derecho, y quien no lo cumple incurre en sus sanciones (...). Lo que se pretende con estos distingos de ciencia barata es que se aflojen to-

dos los resortes de la disciplina social y del orden jerárquico que, como país civilizado, nos hemos impuesto. Se ve la intención, y a la legua se conoce a dónde quieren introducirnos con esos fariseísmos doctrinales de la más cautelosa hipocresía, estos sofistas del orden.» Pío XI, en su encíclica del 15 de mayo de 1931, *Quadragesimo Anno*, manifestó su opinión sobre la necesidad de reconstruir el orden social y consideró que los estados, para alcanzar mayor prosperidad y felicidad, debían imponer un orden jerárquico y jurídico entre las diversas asociaciones formadas por los miembros del cuerpo social, organizados según las funciones sociales de cada uno y no según el cargo que tuviesen en el mercado de trabajo. Para llegar a esta restauración social era necesario lograr antes la renovación del espíritu cristiano. Unas semanas después de la publicación de la primera «Carta», Carlos Alas analizó, desde las páginas del diario *El País*, cuáles habían sido algunas de las consecuencias del orden pretendido por los reaccionarios: «España ha padecido siete años de penuria de libertad buscando el orden. Pero al fin y a la postre vemos que siete años de pretorianismo, prolongados ahora con insinceras promesas, no han bastado para construirse ese tan ansiado orden. Las libertades públicas prosiguen en cárceles gubernativas: censura a la Prensa, restricción de la libertad de opinión, prohibición de que los españoles se reúnan para solidarizarse en ideales políticos. La voz del pueblo constreñida en nombre del orden (...). El orden que se ordena con cuartelero mando al pueblo español es precisamente el contrario a su espiritual anhelo; por eso trata de perturbarlo, no en nombre del desorden, sino en nombre y por mandato de rectitud de conciencia, de amor a la verdad» (Carlos Alas, «1931. La España latente», *El País*, 27 de febrero de 1931).

4. Alude aquí al sacerdote e insurgente mexicano José María Morelos y Pavón (1765-1815), caudillo de la emancipación mexicana tras la ejecución de Miguel Hidalgo y Castilla en 1811. En 1814 proclamó a México como república independiente y abolió la esclavitud. Un año después fue derrotado por las fuerzas reales, acusado de herejía, despojado de sus hábitos por la Inquisición y, finalmente, fusilado.

5. La noción que de la ciencia tuvo Fray Lesco era parecida a la de Juan González Arintero (1860-1928), al que oyó por primera vez en 1898 en la Academia de Santo Tomás de Valladolid. El dominico, licenciado en Filosofía, Teología y Ciencias físico-químicas, le abrió los brazos a todo descubrimiento de la ciencia natural en un intento por acercarla a la fe. Vivió indignado ante la cerrazón de nuestra teología y llamó a los que la defendían «teólogos fósiles» y faltos de elasticidad de mente, lo que les conducía a un «tradicionalismo farisaico» y a un «quietismo perezoso». Tuvo numerosos problemas con la Iglesia a causa de sus teorías evolucionistas que resuenan como precursoras del combatido paleontólogo francés Teilhard de Chardin (*Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, tomo I, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972).

6. Así nos la muestra Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1881): «La falsa ciencia anda hoy casi tan insurrecta contra Dios como en el siglo pasado. No hay descubrimiento, teoría ni hipótesis de las ciencias geológicas y antropológicas (tanto más audaces cuanto más problemáticas, v. gr., la llamada prehistoria), que no se invoque contra la narración mosaica (...). No ven en su ceguedad que todo ataque a la ciencia hace temblar y cuartearse el edificio político, y que cuando la revolución social llega y lo arrasa todo, las monarquías y las repúblicas y los imperios suelen hundirse, para no volver a levantarse; pero la Esposa mística de Jesucristo sigue resplandeciendo tan hermosa como el primer día» (fragmento citado por Antonio Peláez Velasco, *op. cit.*, pp. 42, 43 y 44).

7. Augusto Comte llegó a considerar al catolicismo el aliado necesario de la ciencia, pero sólo como medio para alejar al hombre de la anarquía y la barbarie: «Repetía a menudo que los que creen en Dios se hagan católicos y los que no creen en él, positivistas», según palabras de Charles Maurras recogidas por Miguel de Unamuno en *La agonía del cristianismo*, ed. cit., p. 56.

8. Rechaza la visión providencialista de todos aquellos que,

como J. G. Herder y F. E. D. Schleiermacher, consideran a Dios la fuerza última que rige el universo y el curso de la Historia.

9. Francisco Lanzoni, sacerdote y escritor italiano de principios del siglo XX. Licenciado en Teología, fue profesor y rector del Seminario de su ciudad natal, Faenza, y protonotario apostólico.

10. La celebración de Cristo-Rey fue instituida por Pío XI en la encíclica del 11 de noviembre de 1925 *Quas primas*, en la que trató de demostrar que el abandono de la sumisión a Cristo era el origen de las calamidades humanas. Por este motivo el Estado debía obedecer unas leyes cristianas que implicaban la condena al laicismo. A los fieles se les imponía la sumisión a la realeza de Cristo. Seis años más tarde, en la circular *Quadragesimo Anno*, el sumo pontífice hacía un llamamiento a los seguidores de Cristo: «Hoy más que nunca hacen falta valientes soldados de Cristo, que con todas sus fuerzas trabajen para preservar la familia humana de la ruina espantosa en que caería si el desprecio de las doctrinas del Evangelio dejara triunfar un estado de cosas que pisotea las leyes de la naturaleza no menos que las de Dios»

11. Juicio al que igualmente se opone Miguel de Unamuno, para el que todo cristiano debe creer que todo hombre se arrepiente a la hora de la muerte; que es la muerte la que purifica al pecador.

12. Desde su destierro galés escribió Miguel de Unamuno sobre la agonía de su patria, y en ella encontró con dolor «a la vez la política elevada a religión y la religión elevada a política» (Miguel de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, ed. cit., p. 109).

13. Este «catolicismo nacionalista» al que se opone Fray Lesco vendría determinado en la época por la actuación de los partidos monárquicos, que se inclinaron a sacralizar la institución eclesiástica estableciendo una estrecha relación y una recíproca interdependencia entre su condición católica, la monarquía, una prescrita visión nacionalista de la historia patria y una determinada concepción estática del orden social establecido.

14. Desde 1907 don Miguel de Unamuno ya se había referido a los pueblos de habla castellana como espacios «carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina

- del dogmatismo católico» (Miguel de Unamuno, «Mi religión», art. cit.).

15. La acusación le es devuelta desde las páginas del diario católico aludido, donde se sugiere que el adjetivo «católico» de la frase anterior debe ser sustituido por «republicano»: Fray Lesco también omite hacer comentarios sobre los que no son de su misma «tendencia doctrinal», y ello le lleva a alabar los «disparates» que se dicen en un «mitin republicano o socialista». El ejemplo más evidente, según palabras de *El Defensor*, tuvo lugar «con la visita del Señor Nuncio a Las Palmas, que el compañero le hizo el vacío más absoluto, y el pueblo que le recibió en masa fue calificado de “rebaño de ignorancia”» («Republicanismo genérico», *El Defensor de Canarias*, 28 de febrero de 1931).

16. Este juicio fue concebido por Leopoldo Alas ‘Clarín’ en 1899, cuando escribió un artículo contra los «libertarios», los «apasionados corifeos de un superficial radicalismo» que, demostrando una «sabiduría prendida con alfileres», engañaban a la muchedumbre. Entre «estos *capataces del radicalismo*» lo que sobresalía era «la *ciencia* del sectario. Son de *puro dogmatismo*. No saben decir misa más que por su misal. Son los *seminaristas al revés*. Así como al clérigo vulgar no le enseñan más que a *defender su dogma*, estos sectarios radicales tampoco han visto la ciencia jamás desde un punto de vista imparcial, de posible duda, de rectificación acaso sucesoria» (Clarín, «A un libertario (?)», *Vida Nueva*, núm. 76, 19-XI-1899; artículo reproducido íntegramente en el libro de Yvan Lissorgues *Clarín político. I*, Barcelona, Lumen, 1989, pp. 362-365).

17. Miguel de Unamuno consideraba que «el grosero catolicismo español» tenía más de «militarización africana pagano-imperialista» que de cristianismo, y que era esta actitud la que hacía agonizar a España y a la vez al cristianismo: «Quiso propagar el catolicismo a espada; proclamó la cruzada, y a espada va a morir» (*La agonía del cristianismo*, ed. cit., p. 114). La Guerra Civil española le dio la razón al vasco y así lo reconoció el presidente de la II República, Manuel Azaña, cuando dijo: «La Iglesia española ha participado en esta guerra como en una cruzada contra infieles (...).

Aunque la Iglesia se creyese atacada, y atacada con injusticia, su papel era muy otro. No debió alentar los enconos políticos. Ni azuzar a unos españoles (a unos prójimos) contra otros. La religión no se defiende tomando las armas ni excitando a los demás a que las empuñen. La religión la han propagado los mártires, los confesores, los misioneros; pero no los guerrilleros (...)» (M. Azaña, *Memoorias políticas y de guerra*, t. II, Barcelona, Grijalbo, 1980, p. 256). Sin embargo, todavía en 1942 Pío XII continuaba manteniendo una actitud similar: «Concierne a los mejores y más selectos miembros de la cristiandad penetrados de un entusiasmo de cruzados el reunirse en espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de ¡Dios lo quiere!, prestos a servir, a sacrificarse, como los antiguos cruzados» (Pío XII, Radiomensaje Navidad 1942).

18. La misma idea fue plasmada por Unamuno en *La agonía del cristianismo*, libro en el que reflexiona sobre el carácter externo y contradictorio de la escritura en relación con el Verbo, es decir, con Cristo, que hablaba y no escribía: «Y con la letra nació el dogma, esto es, el decreto. Y la lucha, la agonía fue dentro del dogma y por el dogma mismo, en virtud de la contradicción misma que el dogma lleva en sí, porque la letra mata» (ed. cit., p. 47).

19. El juicio de Doreste también halla réplica en *El Defensor*, donde se declara: «Se podrá argüir sofisticadamente que hay leyes malas que en sana moral no deben ser acatadas, pero ni aún en ese caso se puede en buena doctrina excusar su cumplimiento, porque ello sería tanto como dejar al libre albedrío interpretativo de las diferentes ideologías políticas la calificación de las leyes, lo cual sería una enormidad jurídica. Si la ley es mala, debe pedirse su reforma o su anulación, pero nunca dejar de acatarla, siempre que no vaya contra los principios fundamentales del derecho, mientras se halle vigente, porque a un señor o a un partido se le ocurra calificarla de injusta o perturbadora» («El orden», art. cit.)

20. Fray Albino González Menéndez fue uno de los monjes dominicos del convento de San Esteban, en Salamanca, con los que Fray Lesco mantuvo una férrea amistad. Pío XI lo nombró Obispo de Tenerife el 18 de diciembre de 1924, y visitó Las Palmas de

Gran Canaria en abril de 1926 para ofrecer una conferencia, promovida por Doreste, en el «Gabinete Literario».

21. Transatlántico de bandera inglesa hundido por submarinos alemanes frente a las costas de Irlanda el 7 de mayo de 1915. En el siniestro perdieron la vida 114 americanos neutrales.

22. Domingo Doreste se refiere a *Humano enigma*, novela escrita por Pío Baroja en 1928. Su protagonista es un general carlista que, asentado en Berga, responde al título nobiliario de conde de España. El conde aparece descrito de manera indirecta a través de los comentarios de los habitantes de aquel pueblo que, con miedo, responden a las preguntas de dos jóvenes, Hugo Roversdale y Máximo de Labarthe, que se han propuesto descubrir su origen. En efecto, se trataba de un ser cruel y arbitrario, sádico, humorista, grotesco, misógino y teatral. Actuaba a la manera de un señor feudal, con su bufón y su verdugo, que ejecutaba ante el pueblo horrorizado las más cruentas torturas. Gustaba mucho de arrodillarse frente al altar y orar gimiendo y sollozando, mientras se daba golpes de pecho. Sus pautas de conducta estaban marcadas por el «amor a la fuerza, la fidelidad al rey, la mezcla de idealismo y realismo, muy germánica; el amor a la disciplina, la reglamentación (...). El orgullo, el espíritu de casta, la vanidad, el espíritu de destrucción y de crueldad, el fraude y el furor teutónico, todo ello se encontraba en el conde. Había también el odio, la antipatía por lo moderno, con cierta genialidad pintoresca y cierto amor por lo viejo» (Pío Baroja, *Humano enigma, Obras completas*, tomo IV, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, pp. 670-671). Al mismo tiempo, eran conocidos por todos sus borracheras, sus amantes y su excesivo «afecto» por los soldados más jóvenes. Su origen era oscuro, aunque todos los datos apuntaban que había nacido en Francia, país que repudiaba después de que la Revolución hubiese llevado al cadalso al rey, a sus parientes y amigos. Quizá por esto Fray Lesco lo recordase como conde de Francia.

23. Una de las cuestiones que más se ha debatido sobre el marxismo ha sido su pretendido carácter de ciencia específicamente sociológica. Filósofos como Korsch o Lúkacs negaron que lo fuese y

subrayaron su carácter «partidista», de filosofía social de la clase trabajadora y no de sociología en sentido ordinario.

24. Recordemos que los años que marcan la transición del siglo XIX al siglo XX estuvieron inmersos en lo que se ha llamado «reacción espiritualista». Se intensificaron las ideas y los sentimientos religiosos, principalmente a través de las nuevas tendencias de la filosofía occidental representada por figuras como Brentano, Blondel y Unamuno, o del neoespiritualismo alemán, sin olvidar la teosofía.

25. En 1919 Fray Lesco participó en la Fiesta del Trabajo que se celebró en el Circo Cuyás de Las Palmas. En aquella ocasión, abrumado por la emoción, advirtió que el problema social podría quedar reducido al anhelo supremo de que el sufrimiento se repartiera más equitativamente.

26. *El Defensor* delimita esa «falta de contenido moral y religioso»: «Al declarar pecados la poligamia y el divorcio, la doctrina del cristianismo pone un dique a los desvaríos materialistas del comunismo y del marxismo que, con el amor libre y con los matrimonios temporales y de ensayo, abren ancho cauce a las corrupciones de costumbres y a la disolución social (...). Si anulan el matrimonio, no es por amor a la castidad sino por dar satisfacción a la lujuria» («Nuestros colaboradores. Temas socialistas. Socialismo y cristianismo», art. cit.)

27. Fray Lesco reaccionó airadamente frente al apoliticismo y la rígida ortodoxia del ideario marxista, consolidado y extendido extraordinariamente desde la revolución bolchevique de 1917.

28. En una carta pastoral de 1919 se decía: «La labor del socialismo es negativa y destructora: está inspirada por el odio, engendra la lucha de clases, miente promesas irrealizables, seca las fuentes del progreso que son el trabajo y la paz, produce al fin la ruina, miseria y anarquía» (E. Pla y Deniel, *Escritos pastorales [Carta Pastoral de 25-VII-1919]*, I, Madrid, 1946, pp. 22-26).

Unas palabras transcritas por *El Defensor* en febrero de 1931 describen al socialismo como un partido ateo que «ha prestado su cooperación más activa a todas las maniobras y a todas las intenciones revolucionarias o simplemente perturbadoras fraguadas desde 1909

(...) un partido político esencialmente revolucionario, enemigo declarado de la Religión y de la Monarquía, y que, como tal, secunda, cuando no inicia con espontaneidad y entusiasmo, toda empresa antirreligiosa y antimonárquica» («Madrid. Recordemos...», art. cit.).

León XIII, autor de la primera declaración papal ante los cambios y la transición de la sociedad moderna, cuyo pontificado señala el comienzo de la edad moderna del catolicismo, destacó algunos aspectos del socialismo aunque, en general, lo condenó por materialista y antirreligioso. Así, consideró que los socialistas eran unos bárbaros que sólo pretendían trastornar los fundamentos de toda sociedad civil, unos «sacrílegos traidores» que habían osado a volver sus armas contra los mismos príncipes, unos «pérfidos hombres» que buscaban la felicidad presente sin tener en cuenta la futura. Pío XI en la encíclica de 1931 anuncia: «(...) el socialismo, ya se considere como doctrina, ya como hecho histórico, ya como acción, si sigue siendo socialismo, aún después de sus concesiones a la verdad y a la justicia (...), es incompatible con los dogmas de la Iglesia católica, ya que su manera de concebir la sociedad se opone diametralmente a la verdad cristiana (...). Socialismo y catolicismo son términos contradictorios; nadie puede, al mismo tiempo, ser buen católico y socialista verdadero».

29. Lo mismo diría días después acerca de la misión histórica que desarrolló la monarquía hispánica en la lógica evolución histórica del país: «Leo, por ejemplo, estos días ciertos *ritornellos* de una mentalidad trasnochada. La monarquía, se dice, entre otras cosas, fue un baldón para España. No. La historia no se desmiente con un desahogo. Lo que ha ocurrido es que la monarquía tradicional ha cumplido su misión, y que desde hace quizá un siglo, ha venido haciéndose incompatible con la ideología nacional» (Domingo Doreste, «Ante el régimen. La nueva conciencia», art. cit.).

30. El pueblo se sentía abandonado en el momento más crítico de su historia. Su miseria física y sus penosas condiciones de vida hacían imposible una religión que sacralizaba la injusticia de la que era víctima. La Iglesia española no cumplió el mensaje de Jesucristo y no supo desarrollar una labor correcta de socialización. Por

esto, las masas vieron en la religión el «opio» que las adormecía y perpetuaba en sus miserias, y en las organizaciones de izquierda condenadas por la Iglesia, su defensa.

31. Desde los tiempos de León XIII (1878-1903) la Iglesia manifestó que la propiedad privada debía quedar intacta en las manos de quien la había adquirido por un título de legítima herencia, por el trabajo de las manos, del ingenio o con la sobriedad de la vida. De ahí que, considerando que el derecho de propiedad privada fue otorgado por la Naturaleza, por el mismo Creador, rechaza el dictamen de los socialistas de hacer toda propiedad privada común, por considerar que pugna con los derechos naturales de los individuos y perturba los deberes del Estado y la tranquilidad general. No obstante, el propietario sí está obligado a hacer de sus bienes un uso conforme al interés colectivo.

32. Los católicos de *El Defensor* reconocieron en 1931 el progresivo alejamiento del pueblo con relación a la institución religiosa: «Si ellos [los socialistas] ocupan posiciones, si ellos forman ambiente y van ganando a la juventud en la Universidad y en las fábricas y en las calles, es únicamente ocupando los vacíos que nosotros les dejamos. Son posiciones y terrenos que eran nuestros y que nosotros les hemos abandonado: no han tenido necesidad de conquistarlos con el esfuerzo y la lucha; no han tenido que desalojarnos de ellos. Nuestra pereza se los ha cedido» («Miedo republicano», art. cit.). Demasiado tarde, F. Peiro afirmaba algo similar en 1936: «[ha sido] cruel la indiferencia con que hemos visto nosotros las aterradoras necesidades en que vivió y aún vive, en gran parte, la clase trabajadora. Hemos vuelto las espaldas a tanta desolación, y los que la padecían nos han pagado con igual moneda... ¿Cuándo en sus luchas tan justicieras, tan humanas, tan cristianas de los obreros maltratados, nos hallaron estos a su lado y frente al capitalismo opresor?» (F. Peiro, *El problema religioso-social de España*, Madrid, Razón y Fe, 1936, pp. 54-55).

33. El deán asturiano Maximiliano Arboleya se lamentaba en 1934 del odio reconcentrado que las masas sentían hacia la Santa Iglesia y sus representantes: «No sólo se han ido, es que se alejaron

de nosotros, maldiciéndonos, odiándonos; la apostasía actual de las masas populares no puede ser más extensa ni más honda» (M. Arboleya, *La crisis moral, social y económica del mundo*, Madrid, 1934, p. 447).

34. Achille Ratti (Pío XI, 1922-1939) instauró actividades como la Acción Católica y el Apostolado Misionero. Quiso reconstruir en el siglo xx, partiendo de la colaboración de todas las clases sociales, una nueva cristiandad. Por ello se le llamó el «Papa de la cuestión social». Con motivo del cuarenta aniversario de la encíclica *Rerum Novarum* (1891) de León XIII, escribió en mayo de 1931, como ya hemos indicado, *Quadragesimo Anno*, carta pastoral en la que se refirió a la restauración de un orden social en plena conformidad con los preceptos del Evangelio. Concibió la armonía social lejos de la anarquía de una competencia económica sin límites, próxima a la Iglesia, a la justicia y a la caridad, entendida ésta como el alma del orden pretendido. Condenó el racismo y el comunismo y denunció los errores doctrinales de la *Acción Francesa*.

35. Desde comienzos del siglo xx, tras la encíclica *Rerum Novarum*, la Iglesia puso en marcha iniciativas bajo el signo obrero en numerosos países de Europa occidental. Sin embargo, el movimiento social cristiano, que nació en España con el objetivo de neutralizar la creciente descristianización de las masas obreras, no obtuvo los resultados deseados. Fueron varios los motivos que frenaron su avance: su relación, a menudo, con los círculos caciquiles, la existencia de rencillas internas y el predominio de fuertes personalismos en su jerarquía, su obsesivo carácter confesional y el corporativismo, de marcadas reminiscencias medievales, que les llevó a integrar en un mismo sindicato a patronos y obreros, aunque terminaron dándose cuenta de que la defensa de los trabajadores exigía la creación de sindicatos «puros» de obreros. Igualmente acabaron aceptando como lícito el recurso a la huelga.

Fray Lesco interpreta el «socialismo católico» como una depuración del comunismo marxista, francamente reivindicatorio, que tiene como finalidad el bienestar del obrero. Es una concepción radicalmente opuesta a la de los altos rangos eclesiásticos que, como

Pío XI, consideran «socialismo» y «cristianismo» términos contradictorios, por luchar el primero a favor de las aspiraciones materiales del hombre, sin preocuparse de su fin último.

36. *El Defensor de Canarias* fue uno de los diarios canarios que albergó entre sus páginas numerosas novelas de la Biblioteca Patria, que transcribía a la manera de folletín: *Edma y Margarita*, original de Madame Woillez; *Dos vidas*, de María Sepúlveda, etc.

37. Menéndez Pelayo rectificó sus especulaciones de juventud en las que, como ya reseñamos antes, elevaba al catolicismo como sustrato fundamental de nuestra razón de ser como pueblo, y adoptó una actitud más abierta y comprensiva hacia todas las opiniones. Así, en sus últimos años de vida se convirtió en un modelo ideal de catolicismo tolerante y equilibrado (Antonio Santoreña Setién, *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994).

38. Pensamientos similares recoge *El Defensor de Canarias* en su artículo «Literatura bolchevizante». El texto desapruueba la postura de ciertos libreros del centro de la ciudad, «católicos edificantes en su vida privada», que muestran en los escaparates de sus establecimientos literatura comunista, «disolvente, halagadora de todos los malos instintos, con que el comunismo ruso trata de ir preparando el terreno para su labor criminal». Se aboga por la unión del Gobierno y las clases socialmente conservadoras para hacerle frente a aquel tipo de literatura perturbadora de la mente («Literatura bolchevizante», *El Defensor de Canarias*, 31 de marzo de 1931).

39. La Iglesia no condenó el capitalismo en sí mismo por considerar que su naturaleza no era viciosa. Lo que sí vituperó fue la esclavización a la que sometió a los obreros y su derecho ilimitado sobre la propiedad, sin subordinación alguna al bien común.

40. Peláez Velasco enumera en su opúsculo citado algunas de las ofensas que de la potestad civil ha recibido la Iglesia: «Así sus leyes, su propia administración, la educación de la juventud extraña a la Religión, el despojo, la ruina de las Órdenes religiosas, la destrucción del principado civil de los Romanos Pontífices, no tienen más fin que quebrantar las fuerzas de las instituciones cristia-

nas, ahogar la libertad de la Iglesia Católica y violar todos sus derechos» (*op. cit.*, p. 15)

41. En cambio, Unamuno recuerda las palabras de Jesús ante el tribunal de Pilato: «Mi reino no es de este mundo» (Jn. 18, 36) y también «Dad al César lo que es del César» (Luc. 20, 25). Así, refuta cualquier tipo de unión entre Iglesia y política por estimar que Cristo no tiene nada que ver con el Socialismo, con cuestiones económico-sociales o nacionales; nada que ver con la democracia o la demagogia internacional.

42. La misma recriminación es expresada desde *El Defensor* al referirse al entendimiento de Primo de Rivera con la UGT y con el partido socialista a lo largo del período dictatorial: «durante la Dictadura, el socialismo (...) no dejó de mantener una actitud de prudencia y de discreción (...). Era, a la sazón, mimado, era objeto de las benevolencias del dictador y se dejaba querer» («Madrid. Recordemos», art. cit.).

43. Una vez más Fray Lescó revela un pronóstico acertado. Efectivamente, tras la interpretación tradicional de aquel período como un paréntesis de la historia de España marcado por el orden y la paz social, posteriores averiguaciones han demostrado que la «balsa de aceite» sólo constituía una mera apariencia. Al contrario, se produjo un sexenio de férreo control gubernamental.

44. *El País* de Las Palmas publicó un pequeño escrito de Unamuno sobre el mismo tema: «La torpeza que, a mi juicio, supone mezclar la política con la religión encierra un grave peligro, y el día que venga un régimen democrático y justo, y pueda ocurrir algo contra algunos creyentes, ellos tendrán la culpa, porque lo han provocado. Yo tengo un gran respeto, un profundo respeto a estas cosas espirituales, y a estos sentimientos religiosos. Y me duele en el alma ver la inconsciencia con que ciertos elementos se empeñan en mezclar lo más íntimo del hombre y lo más sagrado de su conciencia con la política» («Palabras de Unamuno. Religión y política», *El País*, 18 de abril de 1931).

45. En relación con las diferentes formas de gobierno, la enseñanza social de la Iglesia ha sostenido la tesis de la indiferencia.

insignias y pendones, la excesiva cantidad de cofradías y el exagerado orden que acompañaba a las celebraciones de la Semana Santa. Era más partidario de la manifestación popular y espontánea de sincero recogimiento, de la emoción contenida, del arte realista de los pasos, principalmente aquellos contruidos por Luján Pérez.

53. En el sentido moderno del término, Acción Católica se inició en España en enero de 1881 con el fin de superar las diferencias y las luchas entre los católicos españoles. El objetivo no se cumplió y la Acción fracasó. Durante el primer tercio del siglo xx varios proyectos intentaron retomar la corporación, pero fue Pío XI quien le confirió una estructura y la definió como «la participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia». Estaba dividida en cuatro grandes ramas: hombres, mujeres, hombres jóvenes y mujeres jóvenes, aunque existían divisiones más específicas en función de las ocupaciones sociales: obreros, intelectuales, docentes, etc.

ÍNDICE

Introducción	7
Bibliografía	39
Nota sobre la edición	44
<i>Cartas a un católico</i>	45
I	47
II	51
III	54
IV	57
V	60
VI	63
VII	67
VIII	70
IX	73
Notas	77

Cartas a un católico,
de Domingo Doreste,

COMPUESTO EN LOS TALLERES DE COLOR RELAX,
ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES DE LITOGRAFÍA ROMERO,
EL 30 DE ENERO DE 2000. EN SU
COMPOSICIÓN SE USARON TIPOS BAUER BODONI
DE 10,5; 12,5 PUNTOS.

